
FONTI

CUARENTA Y CINCO DIAS A ORILLAS DEL RIO AZOPARDO¹

Edizione critica a cura di *Salvatore Cirillo* *

INTRODUCCION

En el museo salesiano “Maggiorino Borgatello” de Punta Arenas cayó bajo mis manos un manuscrito dactilografiado en que no se mencionaba el autor con el título “*Cuarenta y cinco días a orillas del río Azopardo*” posteriormente pude averiguar que fue escrito por el padre Lorenzo Massa y el contenido corresponde a un relato testimonial del padre Luis Carnino a la época, director de la misión salesiana San Rafael de la isla Dawson (1889-1911), el mismo Carnino encabezó una expedición al occidente de Tierra del Fuego, proyecto ideado y organizado por Mons. José Fagnano sdb, Prefecto Apostólico de la Patagonia meridional, Tierra del Fuego e Islas Malvinas (1883-1916). La lectura reveló tratarse de un relato sorprendente teniendo como trasfondo el territorio que se extiende entre la punta este del Lago Fagnano² y el Seno Almirantazgo, al occidente de la isla Tierra del Fuego, en la trama se van tejiendo vicisitudes impensadas que debe enfrentar la expedición, transcurrida en los primeros meses de 1909, pocos años antes del cierre definitivo de la misión de isla Dawson dada en concesión por veinte años (1891-1911) a los misioneros salesianos por el gobierno de Chile con el propósito principal de facilitar la integración de los indígenas de la Patagonia a la nueva realidad de la colonización del territorio, considerada como civilización.

El mismo Monseñor Fagnano nombró como jefe de la expedición al Padre Luis Carnino y de común acuerdo, los dos nombraron al resto de la expedición formada por seis integrantes, el jefe ya nombrado, cuatro salesianos

* Director del museo salesiano Maggiorino Borgatello de Punta Arenas.

¹ Lorenzo MASSA, *Cuarenta y cinco días a orillas del río Azopardo*. Texto testimonial basado en el relato del Padre Luis Carnino.

² Lago Fagnano en lengua selk'nam llamado Cami se extiende longitudinalmente de oeste a este al sur de Tierra del Fuego.

coadjutores y un chileno, “diestro con los caballos”. Expedición que no debía durar más allá de cinco días y que se prolongó impensadamente, como lo indica su título, por cuarenta y cinco días, lo que hace presumir el desconocimiento que se tenía del territorio a explorar.

¿Qué propósito tenía, en ese entonces, el envío de una expedición a un lugar de Tierra del Fuego tan apartado, entre el mar y los montes fueguinos, prácticamente en tierras aún desconocidas por los colonos? la existencia de ese y otros lugares supuestos eran referidos por los indígenas en sus habituales conversaciones con los misioneros en que daban demostración de añorar su hábitat como “paraíso perdido”. Tiene que haber sido tanto el convencimiento de la existencia de ese lugar en particular cerca del lago Fagnano que, infundió en los misioneros una certera esperanza que al habitarlo significaría nada menos que revertir finalmente el fenómeno imparable de la extensión de la población indígena que hasta ese momento, no se encontró una posible solución no obstante el uso de los remedios de la época y los sacrificios prodigados.

La noticia de la expedición y su propósito impactó tanto en el personal salesiano de la misión que suscitó gran interés por participar en ella y posteriormente gran admiración y sana envidia por aquellos que fueron elegidos, todos ellos avezados en el manejo de los caballos y en los distintos roles propios de una excursión con propósitos exploratorios.

El relato como tal se presenta interesante, sin embargo tiene un sentido más profundo, es la demostración de la clara intención que movía las múltiples acciones de Monseñor José Fagnano y de los salesianos en favor de la protección y preservación de los pueblos originarios de la Patagonia, tanto a inducir a los misioneros salesianos a recurrir a todas las instancias a sus alcances, inclusive exponiendo sus vidas, para intentar revertir un proceso de constante disminución de la población indígena, iniciada, antes de la llegada de los salesianos a Magallanes y que explica, de paso, la premura que manifestó Don Bosco de enviar con urgencia a sus hijos al extremo sur del mundo.

Esta expedición, tan singular, también da luces sobre un nuevo proyecto de Monseñor Fagnano, que ciertamente compartió con los salesianos de la misión, fundar nuevas misiones distintas de las anteriores que posibilitaran mantener a los indígenas esparcidos dentro de su territorio ancestral y de paso minimizar el contacto con los colonos, causa importante de transmisión de enfermedades, una nueva actitud demostrada claramente en sus últimos años de vida, de hecho no obstante padecer una grave enfermedad dará su apoyo espiritual y material a la acción misionera itinerante emprendida por el padre Zenone entre los últimos reductos del pueblo Ona o Sekl’nam en el sur de Tierra del Fuego.

Con esta premisa, de la centralidad de la salvación vital y espiritual de los indígenas los Salesianos y a las Hermanas de María Auxiliadora se enfrentaron a una infinidad de dificultades, se sometieron a pesados trabajos y de manera desprendida siendo este relato una muestra y todo con la sola promesa de Don Bosco de ganarse un lugar en el paraíso. Con el propósito de ayudar al lector a comprender con mayor profundidad el entorno en que se desarrolla el relato se exponen algunos elementos críticos y una breve reseña histórica geográfica de la región incógnita en que se desarrolla la narración.

1. Algunos elementos críticos sobre la obra

El relato, que se expone en el capítulo segundo, es la transcripción de un manuscrito dactilografiado de cuarenta y dos páginas escritas a espacio y medio que se conserva en el museo salesiano “Maggiorino Borgatello” de Punta Arenas. El manuscrito cuyo título es reportado en la primera página “Cuarenta y cinco días a orilla del río Azopardo”; en esta misma página, pero escrito a mano con pluma de tinta negra (instrumento utilizado hasta la primera mitad del siglo XX), se precisa una fecha 16 de enero de 1937 y a continuación “a la biblioteca magallánica” (a la época era la denominación que se daba a la biblioteca del museo) y firma auténtica de Don Lorenzo Massa.

En la cubierta del manuscrito, esta vez aparece escrito con lápiz de grafito de color azul con cierta dificultad se puede relevar el título repetido de la obra y el nombre de “Carnino”. Al hacer una reconstrucción de los elementos disponibles, se llega a determinar que el padre Carnino al ser nombrado por varias comprobaciones, principalmente dos, es sin duda la principal si no la única fuente primaria del escrito, en cuanto participa como jefe de la expedición y es él el cronista del diario que reporta gran parte del viaje, de hecho se le individualiza claramente en esa función al final del relato. El segundo fundamento que confirma al mismo padre Carnino como fuente primaria se da al mencionarlo, en su carta mortuoria, escrita por el entonces inspector y administrador apostólico de la Patagonia Pedro Giacomini, publicada en el mismo año de su muerte, acaecida en la misión de “La Candelaria” (Río Grande – Argentina) en el 1943, en ella se hace referencia a la expedición a orilla del río Azopardo dirigida precisamente por el padre Carnino y donde se valoriza la capacidad de haber enfrentado airoso junto a sus acompañantes las múltiples dificultades de la misión. Lo anterior no quita que el autor del escrito se haya servido de otras fuentes primarias entre aquellos que partici-

paron en la expedición pero las evidencias siguen asignando al padre Carnino el mérito de ser la principal fuente primaria.

De las informaciones investigadas sobre el padre Carnino, se puede afirmar que desde su llegada a la Patagonia como misionero, como muchos otros misioneros, transcurrió toda su vida en la Patagonia, más de cuarenta y tres años de los cuales sirvió por treinta años como director en las distintas casas que formaban la inspección San Miguel Arcángel, pasando los últimos años de su vida en la misión “La Candelaria”, falleciendo a la edad de 78 años. De él no se conocen escritos como lo hicieron otros misioneros de su época, probablemente se debió al consejo que le dio Don Rúa, a la época Rector Mayor, al despedirlo para las misiones de la Patagonia casi a modo de obediencia: “Haz que tu nombre sea olvidado” frase reportada en la misma carta mortuoria ya mencionada.

En cuanto al padre Massa salesiano argentino hijo de inmigrantes italianos, referente a él se encuentran muchos antecedentes que permiten afirmar con certeza que es el autor material del escrito “Cuarenta cinco días a orilla del río azopardo”, admitiendo que la fuente primaria del relato es el padre Carnino y en menor escala posiblemente algunos de los otros participantes de la expedición. Los antecedentes que aportan a esta tesis está, en primer lugar, la revista “Lecturas católicas” de Buenos Aires en cuanto en el 1950 atribuye al padre Massa el escrito, probablemente la publicación se debe a un homenaje póstumo en cuanto el padre Massa muere en el colegio Pio IX de Buenos Aires en el 1949.

Siguiendo con un ulterior análisis se reporta que este notable salesiano permaneció en Magallanes, precisamente en Punta Arenas por más de 15 años entre 1930 y 1945, es decir es contemporáneo con el Padre Carnino, inclusive en el 1934 sucede en la dirección del colegio Instituto don Bosco de Punta Arenas precisamente al padre Carnino, quedando en el cargo hasta 1939. El padre Lorenzo Massa dejó una profunda huella de emprendedor y de escritor tanto en Argentina como en Chile. Es sugestivo el hecho que en el 1913 al igual que don Bosco, siendo director de la obra San Antonio de Padua de Buenos Aires, invita a un grupo de jóvenes que jugaban fútbol en la calle, con gran peligro de sus vidas, frecuentar y realizar sus actividades deportivas en el patio del oratorio del barrio de Almagro de Buenos Aires. Con el andar de los meses fue tanta la amistad con estos jóvenes que fundan un club de fútbol que en su honor lo llamarán San Lorenzo de Almagro y cuyos colores, azulgrana, son inspirados de las vestimentas de Mará Auxiliadora, la Virgen de don Bosco. Hoy es uno de los clubes más populares de Argentina. Años después con el padre Vespini, siempre en Buenos Aires fundan “Los grupos de ex-

ploradores” muy numerosos en aquella época, para ellos se les organizaba actividades de interés juvenil aplicando el sistema preventivo de Don Bosco, iniciativa que él trajo a Punta Arenas formándose dos batallones de exploradores.

Del padre Lorenzo Massa se destacan su dotes de escritor, historiador y un agudo analista social, de él se conservan obras escritas especialmente en la década de los años cuarenta del siglo XX, es decir los últimos diez años de su vida, entre sus escritos se encuentran obras como la “Vida del Padre Vespignani”, editada por la SEI en el 1943 con más de 800 páginas, donde se resalta el espíritu acucioso e investigativo del autor, luego le sigue “Monografía de Magallanes” editada por la imprenta del Instituto don Bosco de Punta Arenas, obra magna de más de quinientas páginas, que abarca el período histórico de Magallanes desde el paso de Magallanes por el estrecho homónimo, nociones interesantes sobre los pueblos originarios de la Patagonia y 60 años de la acción salesiana en la Patagonia Austral. Obra escrita con ocasión del Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Punta Arenas entre el 6 y 10 de febrero de 1946. Siempre en homenaje al congreso eucarístico nombrado, en el 1945 publica un opúsculo en que destaca la acción exploradora en la Patagonia del Padre Alberto María De Agostini sdb que lo define “gloria salesiana y bienhechor de la Patagonia Austral.

En el 1945 es trasladado a Carmen de Patagones, cerca de Viedma donde inicia a escribir para luego terminarla en Buenos Aires una obra colosal en dos volúmenes “Las historias de las misiones salesianas de la Pampa, que será editada póstuma por la Editorial Don Bosco de Buenos Aires en el 1967.

Consecuentemente la primera obra escrita por el padre Lorenzo Massa sería precisamente el presente relato “Cuarenta y cinco días a orilla del río Azopardo”, consignado especialmente al museo por el mismo en el 1937.

CAPITULO I:

EL TERRITORIO: CARACTERÍSTICAS DE LA PATAGONIA MERIDIONAL Y EL VALLE DEL RIO AZOPARDO

1. La Patagonia meridional y las misiones salesianas

La tierra de manera admirable es visualizada desde lo alto satelital como el planeta azul, aquellos astronautas que han podido contemplarla han dado testimonio de su fascinación, formada por una inmensa masa de agua azul aproximadamente un 70% de hidrosfera, mayoritariamente agua salada y un 30% de litosfera que se distingue por su color verde propio de árboles, arbustos y hierbas formando una rica vegetación que cubre montañas, llanuras y valles, estos factores de agua y tierra componen lugares que geográficamente suscitan un especial embrujo en el hombre, lo que ha motivado a insignes exploradores a investigarlos y a visitantes simplemente observarlos y recorrerlos para sentir en el alma una sensación esperada de silencio, acentuándose cuando estos lugares no son habitados por el hombre o se encuentran no colonizados.

Uno de estos territorios ciertamente incluye la Patagonia meridional, Tierra del Fuego y los archipiélagos que los circundan. Es este inmenso territorio de miles de kilómetros, misterioso para los navegantes, habitado y recorrido hasta la mitad del siglo XIX por poblaciones nómades para proporcionarse habitación, alimentación y vestimenta. Pero todo cambió cuando en 1876 desde las islas Malvinas se introdujeron en la Patagonia una pequeña masa ovina que, en pocos años, se multiplicó grandemente con una extraordinaria adaptación al territorio, transformándolo en núcleos económicos de gran producción de carne y lana, donde, lamentablemente, no tuvieron cabida los pueblos originarios, desplazándolos abruptamente y forzosamente sin oportunidad de defenderse; arcos y flechas contra wíchester, un enfrentamiento cultural y físico violento que prácticamente los llevaron a la extinción.

Mons. Fagnano llegado a Magallanes en el 1887 y analizada la situación ya descrita solicitó y obtuvo en concesión por sólo veinte años la isla Dawson (1891-1911) donde instaló dos misiones, *San Rafael* y *Buen Pastor*, al cabo de los veinte años en la inminencia de devolver la isla al gobierno de Chile, constatando que los sacrificados esfuerzos misioneros de salesianos e Hijas de María Auxiliadora por integrar en plenitud a los indígenas a las nuevas circunstancias, derivadas de la colonización ganadera, no dieron los resultados esperados, en cuanto la educación y el trabajo no pudieron con los brotes de enfer-

medades, para ellos incurables, que los fueron diezmando de manera irreversible, como última tabla de salvación dirige su vista al occidente fueguino.

2. El descubrimiento y la denominación de “Lago Fagnano”¹

El río Azopardo donde transcurre el relato “Cuarenta cinco días a orilla del río Azopardo” une el lago Fagnano con el Seno Almirantazgo al occidente de la isla Tierra del Fuego, más precisamente frente la isla Dawson donde Mons. Fagnano emplazó las primeras misiones, pero ¿cuál es el origen de la denominación de Fagnano al lago más grande de la isla de Tierra del Fuego? Se conocen distintas versiones, pero después de una acuciosa investigación, por su veracidad histórica nos quedamos con el testimonio del Vicealmirante Vicente Montes, argentino: protagonista y jefe de la primera expedición al valle del Azopardo y este es su fiel relato:

“Llegados a Punta Arenas, nos entrevistamos con Mons. Fagnano. Le pregunté si tenía noticias de la existencia de un gran lago por esa región; me contestó que no, pero que en vista de nuestros propósitos podía interrogar a algunos indios. Pocos días después nos informó (a O’Connor y a mí), que según los indios existía efectivamente por allí un «agua grande» rodeado de grandes praderas.

A principios del año 1892 salimos en el vaporcito «Golondrina» mandado por el alférez Murúa. Se ofrecieron a acompañarnos el Señor Cortés, comisario de policía de Ushuaia, y el alférez Alfredo Malbrán (creo que oficial de la «Argentina»). Fondamos al pie del monte Hope, en una bahía arenosa, donde desemboca del este un arroyo regular, y del sur, cayendo de las montañas, otro menor, que suponíamos traía oro en polvo, porque en las arenas próximas a su boca, se encontraron partículas del precioso metal.

El arroyo más grande, que venía del este, no podía ser otro que el desagüe buscado, pues subiendo al monte Hope, en las cartas inglesas se veía lejos, al este, una gran abra.

Así, pues se organizó la expedición al lago; ya no teníamos duda alguna; las fuentes buscadas desaguaban también en la Sonda del Almirantazgo, por aquel arroyo, al pie del monte Hope.

Salimos de madrugada en una lancha de doce remos, la que nos dio mucho trabajo, pues los marineros no sabían maniobrar en los torrentes en que de pronto se convertía el arroyo.

Llegamos hacia las 4 de la tarde a un paraje que se prestaba para campamento y para tener segura a la lancha. Desembarcamos todos y trepamos las cercanías del monte Hope para avanzar al este, donde ya no hay vegetación.

El señor Cortés subió hasta la cumbre y miró al otro lado. Volvió y nos dijo que veía un valle, y más allá otras montañas como siguiendo la línea montañosa de la margen norte de la Sonda del Almirantazgo.

¹ Extracto de la revista “Argentina Austral” 160 (1944) 44-45.

Seguimos nuestro camino, íbamos todos: O'Connor, Montes, Malbrán (no recuerdo si Zurueta), Murúa y Cortés. Nos dirigíamos a un pico gris que parecía terminal de la serranía Hope que veníamos siguiendo. El abra hacia el este se acentuaba, y dejaba ver claramente que allí había una inmensa hoya, pero no se veía agua porque lo impedían las laderas del cono gris. Seguimos avanzando.

Todos mirábamos ansiosos hacia adelante. De pronto alguien gritó: ¡El Lago!

Yo corrí unos diez metros más alto y vi efectivamente el inmenso lago, pero solo en pequeña parte. Entonces, tomando la cantimplora, en que llevaba un reconfortante, eché el resto, muy poco, en el vasito de plomo a tornillo, que le servía de tapa, y levantándolo en alto dije, dirigiéndome al lago y en tono de festiva solemnidad: «Lago Fagnano, yo te bautizo»; y apuré el contenido. Los compañeros corrieron hacia mí, no sé si para ver al lago o para que les convidara con el brebaje.

Bajamos a la orilla occidental y bebimos de sus aguas. Éramos los primeros civilizados que las tocaban.

Después resultó que el lago no era la fuente de la afluyente B del río Grande; pero desde aquel momento se llamó por siempre «Fagnano», como lo llamé yo antes que persona alguna y por propia inspiración”.

Todo esto fue referido posteriormente a Mons. Fagnano por la misma expedición. El lago Fagnano es, como se anunció, el más grande de Tierra del Fuego, corre paralelo al canal Beagle desde la localidad de Tolhuín Argentina, hasta el río Azopardo en territorio chileno y desemboca en el Seno Almirantazgo. El territorio le fue descrito a Fagnano especialmente por los indígenas, él no lo conoció personalmente, pero le fue relatado como un lugar geográficamente ubicado al sur de la isla de Tierra del Fuego que conforma el valle del río Azopardo, rodeado de bajas montañas no superiores a los 2.500 metros, con una abertura al Seno Almirantazgo, formado por bosques y praderas, aislado por las montañas y no ocupado por la ganadería ni por asentamiento humano, Fagnano lo pensó ideal para que los indígenas pudieran prosperar pero por prudencia envió una expedición de salesianos a explorarlo y certificar lo que él nunca había visto personalmente.

3. La exploración de la Patagonia meridional por expediciones europeas

En cuanto al primer avistamiento de aquel territorio de Tierra del Fuego, nos referimos al valle del Azopardo que se inicia desde la embocadura del río en el lago Fagnano hasta su desembocadura en el seno almirantazgo, fue un largo proceso de exploración durante muchos años hasta caracterizarlo geográficamente. El reconocimiento del territorio americano meridional se inicia con los viajes de Américo Vespucio a fines del siglo XV e inicio del XVI que al tocar las costas de Brasil reconoce la presencia de un “nuevo mundo”,

luego se subsiguieron los afanes de encontrar un paso para llegar a las indias de las especias que fue el proyecto primitivo de Cristóbal Colón.

El día 21 de octubre de 1520 una armada de cuatro Carabelas, Trinidad, San Antonio, Concepción y Victoria, con bandera de Castilla, superaban los 52° de latitud austral avistando el ansiado estrecho que se denominará con el nombre del Almirante y Capitán General, Hernando de Magallanes que iba al mando de los barcos, lográndose el objetivo del paso a las indias de las especias.

Magallanes antes de seguir viaje hacia el Pacífico determinó enviar dos carabelas en plan de reconocimiento para confirmar de manera definitiva la desembocadura del estrecho y probablemente al costear en esa búsqueda la expedición haya avistado el seno almirantazgo, pero esta es solo una conjetura.

Luego se sucedieron varias expediciones que atravesaron el Estrecho, pero ninguna de significancia para el conocimiento del entorno de las costas de Tierra del Fuego hasta que, la expedición exploratoria del Capitán Juan Ladrillero² que en los primeros meses de 1558 se queda con su nave San Luis en los parajes de la boca occidental del estrecho haciendo una primera y detallada descripción de ese territorio,

“a una cordillera de islas altas, que salen cinco leguas a la mar. hai bajos entre ellas, i farallones. Han de ir avisados de ellas. i darles resguardo; i corren hasta cincuenta y cuatro grados: i toda la tierra es muy quebrada, de muchas abras; i las islas tienen de contorno tres cuatro leguas”.

la navegación resultó tan fatigosa que decide invernar por cuatro meses en el seno Otway y al retomar la navegación realiza una ulterior descripción del territorio aún más detallada:

“Esta tierra son sierras altas, peladas. Tienen poca arboleda; y la que tienen, la mayor parte de ella, es a la parte del este; sudeste, y sur; y es la causa de reinar los nortes en el verano; huestes y sudestes, en el invierno; y por causa de ser los vientos forzosos y fríos, no nacen árboles, ni se crían, sino en algunas partes bajas, donde el viento no les puede coger; pero nacen en las quebradas que están en la parte del este, y sudeste, y sur, que están reparadas en la travesía y norte; y las sierras todas son peladas de alto y de peña, sin haber tierra ninguna”³.

Las descripciones son tan petrificantes que al territorio insular de la boca occidental del Estrecho se denominará con el término muy significativo de *Isla Desolación*, se puede interpretar como un lugar sin esperanza.

² Juan Ladrillero: Navegante y explorador español que desde Chile fue enviado para reconocer la boca occidental del estrecho de Magallanes.

³ Mateo MARTINIC, *El occidente fueguino todavía una incógnita*. Punta Arenas, Impr. La Prensa Austral 2011, pp. 16 y 17.

Otra descripción detallada de esta parte occidental del Estrecho la encontramos en el Capitán Pedro Sarmiento de Gamboa que partiendo en el 1579 desde el Puerto del Callao en el Virreinato del Perú llega al Estrecho en enero de 1580 con la misión de tomar posesión del mismo de parte de España con el objeto de prevenir acciones similares de otras naciones, principalmente de la corona inglesa. En su descripción del territorio, no obstante la indica como región áspera y difícil para la navegación, la encuentra con cierto optimismo muy interesante y rica en vida animal, especialmente marina. Otro interesante elemento que Sarmiento resalta en su descripción es la maravilla que le produce al ver por primera vez bloques de hielos flotando cerca de la costa provenientes de los ventisqueros de la isla que el mismo denomina Santa Inés, colindante a la isla Desolación.

Con estas primeras observaciones, definitivamente los cartógrafos de la época comienzan a demarcar aquel territorio del occidente del Estrecho de Magallanes ya no como una sola masa de tierra unida a Tierra del Fuego sino un gran archipiélago con islas de distintas dimensiones.

A fines del siglo XVI el Estrecho ya no es tierra de posesión, sino principalmente un paso muy cotizado para llegar a las tierras de las especias, pero vale mencionar que justamente en el 1598 por un hecho fortuito, causado por la presencia de tempestades, el corsario inglés Richard Hawkins, no pudiendo entrar a la boca occidental del Estrecho es desviado por los vientos más al sur y buscando reparo dentro del intrigado archipiélago occidental emboca los canales Cockburn y Magdalena encontrando un nuevo paso para la navegación que conecta el Océano Pacífico con el Estrecho de Magallanes y de paso reafirma la configuración de archipiélago de esta parte del territorio occidental que rodea el Estrecho, acercándose estas últimas exploraciones al seno Almirantazgo.

4. Exploración hidrográfica del occidente fueguino

Durante un largo tiempo, las navegaciones con banderas de diversos países europeos, principalmente Francia, Gran Bretaña, Holanda, España se fueron sucediendo con ritmos diversos hasta el arribo de la que, con justa razón, sería la notable y fundamental expedición científica británica bajo el mando del Capitán Phillip Parker King iniciada en el 1826 y que responde a una decisión geopolítica de la Corona Británica, que tras la victoria sobre Napoleón, tomó dominio absoluto de los mares por donde trazó rutas y creó enclaves para el tráfico de sus flotas comerciales, consecuentemente comenzó un programa de

exhaustivos conocimientos de las vías de transportes marinos por todos los océanos, entre las cuales se le dio gran importancia, por sus dificultades, desconocimiento e importancia, justamente al paso que comunica los océanos Atlántico y Pacífico, nos referimos al Estrecho de Magallanes, en la época transformado en la gran vía marina por excelencia para el transporte y las comunicaciones entre los puertos de Europa, y los de América y Asia que daban al Pacífico.

Evaluando la importancia estratégica del paso interoceánico, el almirantazgo británico determinó profundizar el reconocimiento hidrográfico de los territorios australes de América, que, en aquel tiempo, primera mitad del siglo XIX, adolecían de información completa y fiable, en especial lo referente a la navegación por el archipiélago occidental que permite varias entradas al Estrecho de Magallanes. Para esta misión se alistaron dos buenos buques, la corbeta *Adventure* y el bergantín *Beagle* equipados con los recursos necesarios para una misión de trabajos que debiera durar varios años.

Al mando de la expedición fue destinado el experimentado comandante Phillip Parker King, acompañado por un selecto grupo de oficiales, muy competentes, entre los cuales se encontraba el comandante Pringle Stokes, hidrógrafo, al mando de la *Beagle*, a él se le recuerda especialmente por su arrojo y excelentes servicios, pero lamentablemente también por su trágico deceso, acaecido durante la navegación por los canales, siendo enterrado a orillas del Estrecho, cerca de *Puerto del Hambre*, en un lugar llamado *Cementerio de los Ingleses* y cuya cruz de entierro es custodiada en el Museo Salesiano Maggiorino Borgatello de Punta Arenas.

La labor hidrográfica realizada por la expedición inglesa, fue muy ardua y por momento heroica, debido a las inclemencias del tiempo, principalmente las frecuentes tempestades y a las corrientes marinas que caracterizan el Estrecho de Magallanes en estaciones distintas.

Dentro de la expedición es interesante el testimonio del comandante Fitz Roy, que en el 1929 al asumir el mando del bergantín *Beagle* y reiniciar las labores hidrográficas al operar en la boca occidental del Estrecho, en ocasiones, durante los trabajos asignados, al disfrutar de una jornada de buen tiempo, asoleada y sin viento, ocasión según su relato muy poco frecuente, se tomaba la tarea muy placentera de desembarcar a tierra y escalar algunas montañas de baja altura para visualizar el interior del territorio, así fue, al escalar el monte *Skyring* de la isla *Magill* dejó testimonio de la positiva impresión que le produjo la belleza panorámica que ofrecía aquel entorno natural, lleno de avistamientos de fauna, flora y minerales desconocidos tanto que lamentó la falta de hombres de ciencias, naturistas que pudiesen estudiar y clasificar aquellos objetos para la ciencia.

El deseo de Fitz Roy se cumplió años después cuando entre el 1932 y 1936, encontramos en el personal del bergantín *Beagle* al famoso naturalista Charles Darwin que como experto naturalista realizó importantes descubrimientos arqueológicos que desembocaron en la conocida teoría de la evolución de las especies humanas, animales y vegetales entregando a la ciencia un significativo aporte presente hasta nuestros días.

En junio de 1834 los barcos ingleses *Beagle* y *Adventure* dejan la zona marítima occidental del Estrecho de Magallanes con proa al Pacífico, no antes de haber saludado el imponente monte Sarmiento 2817 m. uno de los más altos de la Cordillera patagónica. Sobre este monte existe en la población de Punta Arenas una profecía sobre el tiempo, no obstante, su distancia en línea recta de Punta Arenas, alrededor de 150 Km., en días despejados cuando se devisa a simple vista la cumbre nevada desde la ciudad, los habitantes pronostican lluvia para los días siguientes y casi siempre así se constata.

Los resultados variados y abundantes de ambas campañas hidrográficas (1826-1830 y 1832-1836) de la expedición comandada por Fitz Roy permitió al Almirantazgo Británico confeccionar cartas sectoriales y generales del Estrecho de Magallanes y del archipiélago occidental de la Isla de Tierra del Fuego que se mantendrán como base indispensable de cualquier carta emanada posteriormente para insertar modificaciones, de hecho el museo salesiano Maggiorino Borgatello expone una carta de navegación Escala Natural 1 / 550.000, impresa a principio del siglo XX, la cual hace mención expresamente a aquella primera carta náutica emanada por el Almirantazgo Británico en que se marcan las innumerables profundidades del Estrecho y de los canales y senos a diversas distancias de la costa.

Las campañas hidrográficas de los ingleses terminó en el 1836, no así el interés por perfeccionar la ruta comercial que pasaba por el Estrecho de Magallanes y canales del archipiélago fueguino, otros países, especialmente por intereses comerciales para utilizar el Estrecho con mayor seguridad, visto los frecuentes naufragios acaecidos dentro del Estrecho, a su vez éste fue declarado por las naciones y aceptado por Chile, paso de libre navegación, abriéndose como ruta expedita para acceder a los mercados del grande Océano Pacífico, diversos países, entonces, se interesaron en completar y/o complementar la tarea británica, la marina italiana participó en los estudios geográfico de esta zona y colaboró en el perfeccionamiento de su conocimiento. El ciclo de las exploraciones italianas lo abrió en el 1866, la real corbeta de vapor *Magenta* al mando del comandante Santiago Bove, que en su viaje alrededor del mundo, incluyó por primero una travesía por canales del Estrecho, algunos aún no explorados, con una nave de gran tonelaje.

A la Magenta siguió, en el 1882. La corbeta *Vittor Pisani* al mando de José Palombo quien su viaje de circunnavegación se detuvo bastante tiempo en las tierras magallánicas para hacer importantes exploraciones hidrográficas y estudios sobre la flora y fauna marina.

La academia de ciencias de París organizó para Francia una misión científica al Cabo de Hornos, enviando la nave *Romanche* zarpando el 17 de julio de 1882, al mando del capitán Martial con el encargo de observar el paso de Venus por el disco solar y hacer observaciones sobre la física terrestre, la meteorología, ciencias naturales y etnografía, de esta expedición el museo Maggiorino Borgatello de Puntas Arenas conserva algunas fotografías y una lápida en testimonio de aquella expedición francesa que duró un año.

Por otra parte, el gobierno alemán deseoso de fomentar su comercio en las costas occidentales de América del sur en el 1883, envía a petición de la compañía de vapores Kosmos de Magallanes, un crucero acorazado *El Albatros* al mando del capitán Pludderman, realizando por dos años, con trabajos muy ricos en resultados sobre todo por cuanto respecta a los descubrimientos hechos en la región de los canales.

La tarea no ha terminado, se ha hecho habitual que los navegantes son sorprendidos con nuevas observaciones, el trabajo exploratorio sigue adelante y repasado con nuevas tecnologías como son las satelitales. Actualmente especialmente bajo la vigilancia de la Armada de Chile, se han logrado resultados siempre más precisos sobre la configuración del territorio y costas del intrigado archipiélago occidental, sin embargo aquellos trabajos cartográficos del pasado siguen manteniéndose como base y referencia necesaria para la confección de los futuros mapas de navegación.

5. La mirada del padre De Agostini del occidente fueguino

Haciendo una ulterior referencia al territorio interior imbuido de humedad permanente y del viento como factor característico de la tipología del territorio, de su flora y de su fauna terrestre y marina sería incompleto no reportar la descripción que emerge poéticamente y con realismo de la pluma testimonial del gran explorador Alberto M. De Agostini⁴ sdb que navegó y recorrió minuciosamente aquellas zonas por treinta años durante la primera mitad del siglo

⁴ Padre María Alberto De Agostini: Salesiano misionero, explorador, escritor, fotógrafo que recorrió la Patagonia Meridional entre los años 1910 a 1956.

XX siendo el primer explorador que penetró en uno de los más bellos fiordos que en su honor se llama “Fiordo De Agostini”.

“Al atardecer penetramos en la bahía Pond, una pintoresca y tranquila ensenada al abrigo de todos los vientos, cortada en la costa septentrional de la isla Clarence. Es difícil expresar el encanto misterioso que emana de estas bahías solitarias y desiertas diseminadas a centenares en estas recortadísimas costas.

Una profunda sensación de paz y de tranquilidad invade el alma apenas se entra en estos templos de la naturaleza virgen y salvaje donde la obra maravillosa de la creación divina no ha sido todavía violada por la mano del hombre.

La vegetación forestal, sobremanera exuberante debido a la gran cantidad de lluvias que allí se precipitan, aparece distribuida con elegancia y arte sabio, llenando las sinuosidades de los valles, trepando por las pendientes de los montes, festoneando las crestas y pináculos, y dejando aquí y allá graciosos claros, en donde las matas y las flores están artísticamente dispuestas dándonos la ilusión de alegres jardincitos circundados de airosas avenidas cuidadosamente trabajadas y arregladas por las tijeras de un hábil jardinero.

El viento, que, a pocos centenares de metros de distancia, en el canal, empuja las olas en una carrera desenfrenada y turbulenta, produciendo un fragor sordo y continuado, aquí no alcanza a empañar el terso espejo de las aguas ni a turbar la profunda calma que reina. Altísimas montañas protegen este oasis de paz, y desvían las corrientes atmosféricas.

A cada instante nos parece ver salir de aquellos bosques encantados algún ser misterioso que tiene el dominio absoluto de aquellas tierras y que habita en un suntuoso palacio escondido en aquellas selvas. Pero ninguna señal de vida se descubre en todo el contorno: sólo algún ánade salvaje anda plácidamente callejeando por las sinuosidades de la costa, y algún pingüino alza curiosamente la cabeza por encima del agua para zambullirse luego de repente y devorar a los incautos pececillos”⁵.

Contribuye a esta visión del gran explorador el hecho que hoy como desde largo tiempo, el conocimiento general que se recibe sobre este distrito occidental fueguino proviene de los avistamientos que se hacen desde las embarcaciones que navegan en los alrededores y prácticamente no se conocen senderos recorridos por humanos en las tierras interiores, dejando este territorio a una suerte de penumbra cognitiva.

6. El Valle del río Azopardo y su entorno

El valle del río Azopardo geográficamente forma parte del sur de la isla grande de Tierra del Fuego situado entre los paralelos 67” y 68” y meridianos

⁵ Alberto Maria DE AGOSTINI, *Treinta años en Tierra del Fuego*. Buenos Aires, Ediciones Peuser 1956, pp. 233-234.

54° y 55° del hemisferio sur de América, políticamente forma parte de la República de Chile, mientras que el Lago Fagnano tiene su mayor extensión en la República Argentina. El río Azopardo desemboca en el archipiélago fueguino, con más de 3.000 entre islas e islotes, su configuración geográfica se caracteriza por bajas temperaturas durante todo el año que varían de acuerdo a la distancia desde el continente patagónico. Es un territorio en que destacan dos estaciones que se diferencian por las horas de luz más o menos prolongadas y fuertes rachas de viento, estos últimos predominantes del oeste con una mayor humedad originando abundantes precipitaciones con máximas en la época de menor luz solar de hasta 5.000 milímetros, disminuyendo en la parte oriental, obstaculizadas por la cordillera, llegando hasta 500 milímetros y menos por lo que se caracterizan como pampa esteparia.

De acuerdo a las condiciones meteorológicas dominantes las laderas de las montañas están cubiertas por bosques que llegan normalmente hasta el nivel de las nieves permanentes, presentando dos niveles de vegetación, el arbóreo con presencia de árboles que pueden llegar a superar los 20 m. de altura, destacándose el pehuén, el gigantesco alerce patagónico o lahuán, el ciprés de la cordillera, el arrayán, el raulí, el radal, el ñire, el maitén y principalmente el coihue y la lenga, este último, muy cotizado por su preciada madera muy apta para la elaboración, mientras que el sotobosque está formado principalmente por arbustos como el *notro*, el *calafate*, *coihue* o *coligue*.

La Patagonia continental no obstante su característica de estepa fría es rica en fauna autóctona, entre la más notorias se encuentran ciervos como el huemul y el pudú además del puma, ñandú, mara (liebre patagónica) guanaco⁶ zorro culpeo, cóndor, patos silvestres y multitud de especies de aves terrestres mientras que por el litoral se destacan, ballenas, horcas, lobos marinos, elefantes marinos, pingüinos, gaviotas e innumerables especies de aves marinas, peces y cetáceos. A partir del siglo XX los colonizadores europeos introdujeron fauna con fines comerciales, liebres, conejos, visones, castores y principalmente desde las islas Malvinas las ovejas, estas últimas todavía forman la actividad económica más importante de la Patagonia, con 10 millones de cabezas, diseminadas por todo el territorio de la Patagonia meridional y Tierra del Fuego. Lamentablemente algunas de estas especies introducidas han causado daño al territorio y a la fauna autóctona, convirtiéndose en verdaderas plagas como es el caso del castor y el visón.

⁶ El guanaco es un animal silvestre de la familia de los camélidos muy difuso en la Patagonia, se encuentra también en el altiplano de la cordillera de los andes, muy adaptado a climas fríos.

El nombre de Tierra del Fuego denominación de la isla más grande del sur de América se debe a los primeros navegantes que atravesaban el Estrecho de Magallanes, los cuales se maravillaban al observar de noche numerosas llamaradas producto de los fuegos que hacían los indígenas de tierra del fuego, particularmente Selk'nam u ona, delante de sus chosas para defenderse del frío o debido a llamaradas que brotaban naturalmente de la tierra por efecto del gas al ser un territorio rico en hidrocarburos.

Con el archipiélago fueguino, que se encuentra en territorio Chileno, brota del océano pacífico una cadena de montañas llamadas *Cordillera Darwin* que atrae por sus majestuosas montañas, ventisqueros, canales y fiordos que le otorga una gran belleza y que forma el parque Alberto M. de Agostini, en honor al ilustre sacerdote salesiano que asumió desde el 1910 a 1955 la misión de explorar y describir los macizos montañosos de la Patagonia y Tierra del Fuego, tarea realizada maravillosamente bien, lo que atestigua su más de tres mil publicaciones entre libros y artículos de diarios y revistas, a él, en gran parte, se debe la expansión actual del turismo, siendo actualmente la segunda actividad económica más importante de la región.

La cordillera *Darwin* ubicada geográficamente en la parte suroeste de la isla de Tierra del Fuego, de cuyas cimas descienden algunos importantes ventisqueros en el Seno almirantazgo, alrededor del cual se forma un entorno con una tupida vegetación, formada principalmente de coigüe, canelos y lengas y en los suelos pueden encontrarse especies vegetales comestibles como las grosellas, calafates, frambuesa frutillas magallánicas, apio silvestre, además de musgos, y líquenes, algunos gigantes, que se dispersan por los faldeos cordilleranos y valles contrastando con el blanco de los hielos de los glaciares. En las planicies son las turberas las encargadas de dar vida a la tierra que a la vista aparecen como gran extensión de prados verdes, pero al pisarlas el pie se inunda haciendo imposible la marcha, suelos llamados formación de turberas y finalmente desde el mar hay variedades de algas comestibles como el cochayuyo y el luche.

7. El occidente fueguino tierra de esperanza

Tres eran, a fines del siglo pasado, las razas de indígenas que poblaron el extremo sur del continente americano: *Ona* o *Selknam*, *Alacalufe* o *Kaweskar* y *Yámanas* o *Yámanas*.

Es un hecho que el contacto de los indios de estas tres razas con los blancos o civilizados, lejos de ser beneficioso para ellos, en el nombre del

progreso, significó el origen de una dolorosa existencia, de hecho los aborígenes heredaron de los blancos prácticamente casi exclusivamente vicios que los llevarían en definitiva a una inevitable degeneración. Hay que agregar a esto, la persecución de que fueron objeto por parte de los estancieros y/o ganaderos que habían obtenido de los gobiernos de Chile y Argentina concesiones que se transformaron en propiedades definitivas en pocas sociedades donde no tenían cabida aquellos que habían heredado la tierra de sus ancestros y la habían habitado por milenios.

Sin embargo, al lado de los traficantes de pieles, que envenenaban con alcohol a los indios y de los hacendados que cotizaban sus cabezas al precio de una libra esterlina, surgió un hombre providencial, que debía defenderlos de sus perseguidores. Me refiero a Monseñor José Fagnano, enviado por San Juan Bosco a evangelizar estas regiones del extremo sur americano.

Monseñor José Fagnano se puede definir como hombre de temple acorado, enriquecido con una reserva de energías inagotables, lleno de ese entusiasmo que distingue a los misioneros católicos, y con una confianza sin límites en la Divina Providencia, hecho justamente para grandes empresas.

No bien llegó Monseñor Fagnano a estos lugares de misión, se dio cuenta que solo con reducciones en que los indios no estuvieran a merced de los civilizados, se podía cortar el camino a la extinción ya avanzada. – Así, concibió la idea de fundar para ellos dos Misiones: una en la Isla Dawson en Chile que debía dar asilo a los que habitaban en el occidente y otra en el Océano Atlántico en territorio argentino que debía acoger a los indígenas que habitaban en el oriente.

A fuerza de grandes sacrificios, de gastos incalculables, secundado por el trabajo abnegado de los Salesianos y el cuidado amoroso de las Hijas de María Auxiliadora, el proyecto de Monseñor Fagnano se llevó a la práctica. De esta forma, se vio surgir la Misión Salesiana de *San Rafael* en la Bahía Harris y de *la Candelaria* en Río Grande.

Empero, Monseñor Fagnano había llegado tal vez demasiado tarde para salvar del exterminio a esas tres razas, dueñas otrora de un inmenso patrimonio en tierras fecundas que les suministraban de manera abundante todo lo necesario para la vida.

Los vicios habían gastado la fuerte fibra de aquellos convirtiéndolos en campo propicio de enfermedades desconocidas por ellos como la viruela y la tuberculosis. No obstante lo anterior Mons. Fagnano confiaba en una posible recuperación y salvarlos de la extinción que se aproximaba. Entre las distintas razas presentes en las misiones los Onas parecían oponer una mayor resistencia a las enfermedades, entonces Monseñor quería sacar partido de esa

mayor defensa latente (de los Onas). Había, sin embargo, un problema previo que resolver: encontrar un lugar que diera garantía de un completo aislamiento.

De acuerdo a los antecedentes recogidos por mons. Fagnano abrigaba la convicción de que, entre los cordones que se desprenden de los contrafuertes del Lago Fagnano, debían deslizarse fécondos valles con abundantes pastos para el ganado, elemento indispensable para el sostén de la nueva misión que deseaba fundar. Este era su sueño dorado.

Monseñor no era hombre que procediera a ciegas para llevar a cabo sus iniciativas, fiel discípulo de Don Bosco, imitaba confiado a su maestro cuando se trataba de emprender cualquier importante empresa, estudiaba previamente tanto las conveniencias como las dificultades que pudieran ofrecer y si podía, el mismo se cercioraba, luego, siendo en bien de las almas, ponía toda su confianza en Dios, dándole inicio hasta verla terminada. Así lo hizo en esta oportunidad y en todas las demás en que le tocó enfrentar obras gigantes que son hoy la admiración de aquellos que las contemplan, con estas consideraciones en los ejercicios de inicio de 1909 anunció a los salesianos de la Isla Dawson el nuevo proyecto y la formación de una expedición al río azopardo.

8. Algunas referencias bibliográficas

- Maggiorino BORGATELLO, *Patagonia Meridionale e Terra del Fuoco*. Torino, SEI 1929.
- Alberto Maria DE AGOSTINI, *Aspetti geomorfologici della cordigliera patagonica*. Torino, Accademia della scienza 1939.
- Alberto Maria DE AGOSTINI, *Treinta años en tierra del Fuego*. Buenos Aires, Ediciones Peuser 1955².
- Alberto Maria DE AGOSTINI, *Guía turística de Magallanes y canales fueguinos*. Punta Arenas, Editorial Don Bosco 1946.
- Mateo MARTINIC, *El occidente fueguino*. Punta Arenas (Chile), Editorial La Prensa Austral 2011.
- Mateo MARTINIC, *La tierra de los fuegos*. Punta Arenas, Editorial Artegraf Ltda 1982.

CAPITULO II:

EL RELATO

Expedición al seno del Almirantazgo

En los primeros días de febrero, Monseñor Fagnano que, hacia frecuentes viajes desde Punta Arenas a la Isla Dawson, conversó largamente sobre el proyecto que venía acariciando desde algún tiempo: encontrar un camino que desde el seno del Almirantazgo condujera directamente a Río Grande.

Doble finalidad perseguía al intentar descubrir la nueva senda. Lo primordial era, como lo dije anteriormente, encontrar lugares apropiados para una Misión, en los valles que él creía cercanos al Lago Fagnano. Además, un nuevo camino por esa región podía tal vez acercar la misión de la Isla Dawson a la de Río Grande, pues, hasta entonces, y aun ahora, siempre había que cubrir ese trayecto por tierra. Era forzoso hacerlo, por el camino que se llama “de arriba”, (de Porvenir pasando por el cordón) o por el camino “de abajo”, (o sea, por la playa, de Porvenir a Boquerón).

Los nuevos proyectos de Monseñor revivieron el entusiasmo en todos los Hermanos de la Misión, tanto de aquellos que se hallaban en *San Rafael*, como en los del *Buen Pastor*. La empresa que se les proponía era arriesgada, pero Monseñor lo ordenaba y lo exigía la gloria de Dios y la salvación de las almas. Esto, explicaba, como aquellos valientes soldados, muchos de ellos envejecidos prematuramente en 20 años de trabajo ininterrumpidos en el clima frío y húmedo de la Isla. Empero, al padre bondadoso le dijeron: “estamos dispuestos a secundar sus proyectos, aunque ello nos cueste la vida”. Nadie ignoraba en la isla lo difícil que era llevar a la práctica este ideal, que era el de encontrar la senda que, desde el seno del Almirantazgo, al norte del Río Azopardo, llegara hasta el Lago Fagnano. De ahí, por los valles con cuya existencia soñaba, hasta la planicie que conduce a Río Grande. Pero más que el nuevo camino le preocupaba dar con un lugar donde pudiera establecer una Misión para los Onas.

Quienes formaron parte de la expedición

El tema obligado de las conversaciones, tanto en los corrillos que se formaban alrededor de Monseñor en los recreos como en la mesa, no podía ser otro que el de la proyectada expedición de Río Grande a través de la Tierra del Fuego.

La fantasía tuvo en aquellos días campo muy amplio para sus divagaciones. No faltaban quienes escribían la historia antes de tiempo relatando, como si los vieran, los percances de las futuras jornadas. Por aquí, por ejemplo, un grupo que se extraviaba en los bosques; por allá otro que se encontraba frente a las fieras y el siguiente ante un reducto de indios, etc.

Entre tanto, Monseñor creyó que había llegado el tiempo para designar quienes debían formar la expedición y el 2 de febrero de 1909, fiesta de la Candelaria, llamó al Rdo. Padre don Luis Carnino, Director de la *Misión de San Rafael* manifestándole que había pensado en él para ponerlo al frente de los exploradores. En la Misión quedaría como sustituto y hasta su regreso, el Rdo. Padre Mattana, célebre por sus actividades apostólicamente llevadas a cabo en las Misiones de Indanza en Ecuador.

Monseñor, de acuerdo con el Rdo. Padre Carnino, eligió como personal de la expedición a los Coadjutores Salesianos Don Juan Sikora, Don Valentín Stlabostz, Don Bernardino Ocelli, Don Juan Ferrando y además al joven chileno, Ramón Vera.

Detalle el perfil de cada uno:

*Reverendo padre Luis Carnino*¹: Su larga vida de misionero, podría muy bien condensarse en estas palabras: “amor al trabajo y a la vida retirada”. Ese es el programa que le trazó Don Rúa al recibirlo en la Congregación. El mismo refiere a menudo que cuando estaba próximo a terminar el aspirantado, el Santo sucesor de Don Bosco, lo llamó y le dijo: “mi querido Carnino, vas a los Ejercicios Espirituales. Debes hacer la petición para ingresar al Noviciado. El año venidero harás los santos votos y a continuación pedirás para ir a las misiones. Allá tendrás mucho trabajo y no te faltarán las penas, mitigadas por cierto con grandes consuelos... procura que tu nombre sea olvidado”. Esas palabras parecen haber tenido la virtud de formar al Padre Carnino de ayer, de hoy, y de mañana, o sea, un sacerdote de carácter austero, aunque no adusto, incansable en el trabajo e inflexible ante el deber. Y este sacerdote debía ser el Director – Jefe de la expedición al Lago Fagnano y Rio Grande por el seno del Almirantazgo.

*Hermano Valentín Stlabostz*²: polaco de nacionalidad podríamos calificarlo como el ingeniero – mecánico de la expedición. Efectivamente, se ingeniaba

¹ Luis Carnino (1865-1943). Nacido en Lemie (Italia) muerto en Rio Grande (Argentina). Fue uno de los más estrechos colaboradores de Monseñor Fagnano, director por 30 años de las misiones: San Rafael, Buen Pastor, La Candelaria.

² Misionero Salesiano y coadjutor de la mision de San Rafael, encargado del aserradero.

para ser útil a la Misión de Dawson en todo lo que se refiere a instalación de máquinas, funcionamiento del aserradero, etc. De carácter sumamente bondadoso, se desvivía cuando se trataba de prestar algún servicio a quien se lo solicitaba. Era de aquellos hombres que, por temperamento, no pueden resignarse a permanecer inactivos. Como veremos más adelante, ha de prestar señalados servicios en los momentos difíciles que debían sorprender a los expedicionarios.

*Hermano Juan Sikora*³: Era el hombre necesario para una empresa de esta índole. Esto, por esa decisión que ponía en todos sus actos que rayaron más de alguna vez en la temeridad. En la Isla Dawson, cuando el caso lo exigía, dominaba a los indios por el tono de su voz. Fue este, sin duda, otro de esos héroes del trabajo, pues, en los 20 años de su permanencia en la isla no se tomó un solo día de descanso.

*Hermano Bernardino Occelli*⁴: Hombre de carácter suave, no desprovisto de energía, se dedicó en la Isla Dawson, con muy buen resultado al cuidado del ganado. Como los demás Salesianos a los que nos hemos referido, fue siempre un apasionado por el trabajo, especialmente cuando debía desarrollar sus actividades en el campo o en el cuidado de los animales. Demostrará durante los días de la excursión, ser un buen tirador.

*Hermano Juan Ferrando*⁵: Durante los 45 días que duró esta excursión a orillas del río azopardo, se desempeñó, a las mil maravillas, como diestro cocinero. Por su buen humor y por ser muy amigo de los chistes, rompió en más de una oportunidad la monotonía de los largos días en el seno del Almirantazgo.

*Ramón Vera*⁶: Contaba entonces con 20 años. Había ido desde muy pequeño a la Misión de Dawson. Se había hecho práctico en todos los trabajos, pero, sobresalía especialmente en el cuidado y atención de caballos. No había en la Misión, por otro lado, quien lo aventajara en la caza. Rara la vez no daba en el blanco. De vista muy aguda, distinguía los barcos y aun a las pequeñas goletas dos horas antes de su llegada. Con estas cualidades, prestó durante los 45 días (de la excursión) inapreciables servicios a los expedicionarios.

³ Misionero Salesiano y coadjutor encargado de la tala de árboles.

⁴ Misionero Salesiano y coadjutor encargado de la ganadería.

⁵ Misionero Salesiano y coadjutor, encargado de la enseñanza.

⁶ Joven baqueano empleado en la misión San Rafael de Dawson.

Preparativos para la salida

Una de las características de Monseñor Fagnano fue su espíritu de previsión. Después de haber abarcado el conjunto de una obra en su mayor o menor amplitud, descendía a los detalles. Por regla general, el hombre de concepciones grandiosas, rehúye de las minuciosidades porque le fastidian. Monseñor Fagnano, que por naturaleza estaba inclinado y hecho para las grandes empresas, se había transformado, por virtud, en el más detallista. Formado en la escuela de Don Bosco, que estimulaba a los suyos a observar y medirlo todo, y a que estudiaran los asuntos sin descuidar nada, Monseñor Fagnano, siempre que hubo de abrir una Casa, no abandonó jamás al personal nuevo a sus propias iniciativas. Le dio siempre normas directivas muy prácticas y sobre todo lo proveyó de lo necesario. Tal hizo con esta expedición, aunque el cometido era muy senillo. Quien tuviese en cuenta estos antecedentes, no podía extrañar que en los primeros días de febrero llegara a la Isla el cúter *Juanito*, con las provisiones indispensables para los expedicionarios, amén de las que traía periódicamente para el consumo de la Misión. Venían en sus bodegas varios rollos de cuerda de cáñamo, piezas de lona para carpas, botas impermeables, monturas, etc.

Entre tanto, el Rdo. Padre Carnino iba haciendo la provisión de víveres y alistando el altar portátil. El Hermano Occelli y Ramón Vera habían preparado 17 caballos muy seguros para la expedición, mientras los Hermanos, Stlabostz, Síkora y Ferrando se dedicaban a preparar las carpas, los arneses y aperos, hachas, azuelas, machetes, y demás enseres necesarios.

Como Monseñor creía que el trayecto entre el seno del Almirantazgo y Río Grande podía cubrirse en un máximo de ocho días, ni el Rdo. Padre Carnino, que debía ser el Director Jefe de la expedición, ni el Hermano, Ferrando el despensero y cocinero, se preocuparon mayormente para almacenar víveres. Se limitaron a lo indispensable. “Ocho días pasan pronto y después de todo no somos un ejército”, se decían.

El cúter Juanito y su capitán

El cúter *Juanito* pertenecía entonces a don Antonio Sgombic, yugoslavo de nacionalidad, hombre de muy buenos sentimientos. El barquichuelo tenía unos 25 metros de largo y podía cargar hasta 28 toneladas. Monseñor lo había utilizado varias veces para el transporte de madera a las casas salesianas y muy especialmente a la de Puerto Porvenir. Como lo he dicho, en los primeros días

de febrero el *Juanito* había llevado mercaderías a la Misión, y Monseñor creyó oportuno aprovecharlo para conducir a los expedicionarios hasta la margen norte del Río Azopardo en el seno del Almirantazgo. Convenido el precio, quedó fijada la partida para el día 10 de febrero, vigilia de la festividad de Nuestra Señora de Lourdes.

Despedida

Monseñor Fagnano fue siempre un fiel conservador de las tradiciones y de las modalidades recogidas en el Oratorio de Turín o aprendidas del ejemplo de Don Bosco. Por esto, el día de la partida quiso que toda la comunidad, tanto de los Salesianos como de las Hijas de María Auxiliadora, juntamente con los indios y las indias, ofrecieran sus oraciones y la santa comunión al Señor pidiendo protección y ayuda para los expedicionarios. Luego les impartió la bendición de María Auxiliadora y después de haber hecho las últimas advertencias al Rdo. Padre Carnino y demás Salesianos, los acompañó hasta el muelle, donde el *Juanito* los estaba aguardando. Todos sabían que el viaje no podía durar más de ocho días. Con todo, era entendible tanto en los que partían como en los que permanecerían en la Misión, el presentimiento de singulares aventuras, hechos imprevistos y jornadas azarosas.

Una prueba de que esta era la impresión que dominaba en aquel ambiente lo constituye una esquila, que, desde el seno del Almirantazgo, de hecho, al día siguiente, el Padre Carnino envió a Monseñor Fagnano, por medio del Capitán del *Juanito*: “si después de cuarenta días no tienen noticias de nosotros, vengan a buscarnos en este mismo lugar, donde nos encontrarán, siempre que no perezcamos de hambre o devorado por las fieras”.

Concordante con el sentimiento de los Hermanos era el de los indios de la Misión. Se les iba el bondadoso Padre Director, que tan abnegadamente los había atendido durante más de 13 años; maestros tan queridos como Don Valentín y el Hermano Síkora. Por esto se veían en el muelle con un dejo de tristeza sin aceptar que debían desprenderse de ellos. Sus exclamaciones eran precisas: “Padre, pronto venir”. “Nosotros mucho rezar, para que vos no morir”.

Acompañados por tan buenas y sinceras demostraciones, con la bendición de Monseñor y con la promesa de muchas oraciones, a los expedicionarios les pareció que la travesía había de ser muy feliz.

Y así fue.

Desde la Isla Dawson hasta el río Azopardo

El 10 de febrero de 1909, fue uno de esos días que, en estas regiones, generalmente azotadas por los vientos, merecen el nombre de excepcional. El sol jamás se ocultó tras las nubes. El viento, sin ser tan impetuoso como para tornar molesta la navegación, tomó por la popa a la embarcación empujándola velozmente hacia el seno del Almirantazgo. En estas condiciones y en pocas horas el *Juanito* recorrió los cien kilómetros que separan la Isla Dawson del extremo sur de dicho seno.

Por las órdenes que Monseñor había dado verbalmente al Rdo. Padre Carnino, el desembarco debía efectuarse al norte del río Azopardo. El capitán, sin embargo, observó que esa tarde habría sido difícil, si no imposible hacerlo en el punto indicado, debido al fuerte viento sur este que soplaba en esos momentos, con el agravante de la baja marea.

Debido a los inconvenientes anotados, el capitán del *Juanito* y de acuerdo con el Padre Carnino dispuso fondear a 500 metros de la costa, al sur del río.

En la chata del cúter fueron llevados a la playa los víveres, las carpas, implementos y enseres de la expedición. La única dificultad que se presentó esa tarde fue el desembarco de los 17 caballos dado que no estaban acostumbrados al nado. Así, hubieron de ser cabestreados desde la chata hasta la playa en otros tantos viajes, trabajo que se prolongó por largas cuatro horas. Alguien podrá preguntar: ¿por qué no se transportaron dentro de la chata? La respuesta es muy sencilla: porque no toleraba más de una tonelada y un caballo y aunque no pese tanto, con su movimiento, la habría tumbado fácilmente.

El campamento a orillas del río Azopardo

La primera preocupación de los expedicionarios, no bien estuvieron con el equipaje en la playa fue dar forma al campamento, para poder pasar así la primera noche con el mínimo de incomodidades.

Los Coadjutores Don Valentín y Sikora ingresaron al bosque cercano y en muy breve tiempo prepararon todo para levantar las carpas. Eran cinco; cuatro individuales para Don Valentín, Sikora, Ferrando y Ocelli; otra de dos metros de largo por tres de ancho que debía ser la despensa y a la vez servir de capilla, incluso de dormitorio para los que carecían de carpa individual. Don Valentín, que como lo dije debía ser el ingeniero de la expedición, en menos de una hora, secundado por Síkora y Ocelli, dio cumplimiento al trabajo relacionado con las carpas.

Entre tanto, Ramón Vera, que estaba al cuidado de la caballada, buscó el lugar más apropiado para los 17 equinos, asegurando a cada uno con una cuerda de unos cuarenta metros de largo, con la finalidad de impedirles la fuga.

La primera merienda

Mientras Don Valentín, Síkora y Ocelli se dedicaban a armar las carpas y Ramón Vera estaba preocupado de los equinos, el Hermano Ferrando observó que los dos perros de la expedición, Brik y Fust, ladraban desesperadamente cerca de unas matas. Picado por la curiosidad, se acercó descubriendo una cueva que por su forma parecía de zorros. Mientras los perros hacían lo suyo fue en busca de un pico y una pala. Luego en pocos minutos logró apoderarse de la zorra y de sus tres cachorros, que, a lo sumo, tendrían un mes de vida.

Ya hemos dicho que el Hermano Ferrando debía ser el despensero y cocinero de la expedición. Al adueñarse de tan inesperado botín, pensó que podría dar una grata sorpresa a sus compañeros, brindándoles, como merienda, un sabrosísimo asado con los tres zorrillos. Consulto el caso con el Rdo. Padre Carnino, y, conseguida la venia, en un santiamén tuvo preparado el plato, que se apresuró a saborear encontrándolo bueno a su gusto y paladar. El Padre Carnino que también comió su parte dijo que era un plato que calificó como número uno. Los cuatro expedicionarios restantes aseguraron luego que jamás habían comido liebre tan exquisita. Y esta afirmación la mantuvieron, aun cuando más tarde supieron que lo que ellos habían probado no había sido carne de liebre, sino de zorro.

La primera excursión

El capitán del *Juanito* había recibido la orden del Rdo. Padre Carnino, de no emprender el viaje de regreso si no se descubría primero, remontando el río Azopardo, un paso para vadearlo. Esto, con la finalidad de transportar el equipaje y los caballos. Después de la apetitosa merienda, mientras el Padre Carnino ponía en orden todo el material traído de la Misión, los demás expedicionarios, conforme a las indicaciones recibidas, organizaron una excursión para reconocer el terreno. Su objetivo principal era descubrir el citado paso.

Ensilados los caballos, y después de beber cada uno una taza de té, la caravana se puso en movimiento, por el sendero de los guanacos. Serpenteando por ese camino, que ya se acerca al río, hasta llegar a su borde, o ya se

aleja hasta dejarlo a la distancia de 500 metros. En el término de dos horas cubrieron un trecho de 10 kilómetros y llegaron a un punto desde donde se divisaban las aguas tranquilas del Lago Fagnano. Está de más decir que al pronunciar el nombre del lago, en la mente de todos se despertó el recuerdo del querido Monseñor (Fagnano). ¡Como habrían deseado que él también estuviera presente en esos momentos para que gozara con el espectáculo!

En ese punto el río Azopardo tenía un ancho de solo 150 metros y fue opinión unánime de los expedicionarios que por allí era muy fácil pasar a la orilla opuesta. Con esta convicción volvieron sobre sus pasos y comunicaron el hallazgo al Padre Carnino.

Este resolvió entonces trasladar al día siguiente el campamento al lugar visitado esa tarde por los Hermanos Salesianos. Y como el paso que creyeron haber hallado los expedicionarios hacía innecesaria la presencia del *Juanito*, se convino además comunicarle al capitán la orden de regresar.

Cena, oraciones y descanso

Al regresar de la excursión, mientras Ferrando preparaba la cena, los demás acudieron en ayuda de Vera ya que los caballos desconocían el lugar y querían irse a lo largo de la playa rumbo al sur, en busca de la querencia. Como medida precautoria, ningún animal quedó suelto. La previsión de Monseñor Fagnano había llegado hasta el detalle de colocar entre el equipaje 17 cuerdas de cuarenta metros cada una. Había, pues, las necesarias para impedir la fuga de los jamelgos.

La cena aquella noche pareció más sabrosa que nunca, no solo porque el trabajo y el aire de las montañas había despertado enormemente el apetito, sino también porque ella transcurrió con narraciones de la primera jornada y es bien sabido que no hay mejor condimento para un plato que la sana y franca alegría.

Una de las recomendaciones de Monseñor a los exploradores fue de que cumplieran al pie de la letra todas las prácticas de la piedad compatibles con la nueva vida de caballeros andantes. Por esto, terminada la cena, se rezaron las oraciones de acuerdo con los reglamentos y luego el Padre Carnino dio la primera "Buenas noches". Resumió en breves palabras todo lo que había que hacer al día siguiente para el traslado del campamento; anunció que todos se levantarían a las tres de la mañana y luego invitó a los buenos y abnegados Hermanos Coadjutores y personal de la expedición a agradecer a Dios nuestro Señor y a María Auxiliadora los beneficios y asistencia del primer día y a implorar ayuda para las demás jornadas.

Jueves 11 de febrero: oraciones, misa y comunión

A las tres todos los expedicionarios estaban de pie. Reunidos en la carpa principal, el Padre Carnino leyó los puntos de la meditación y luego, rezó la misa correspondiente a ese día, o sea, la de Nuestra Señora De Lourdes. Todos los presentes hicieron la santa comunión.

Regreso del Juanito

Al termino (de la misa), llegaba al campamento el capitán del *Juanito*; con el propósito de trasladar los equipajes y la caballada al lado norte del río Azopardo ya que esas eran las órdenes recibidas de Monseñor. Pero, el Padre Carnino, basándose en los informes que le habían suministrado los Hermanos Salesianos la noche anterior acerca de la facilidad de vadear el río, remontándolo hasta la altura de 8 kilómetros, agradeció el ofrecimiento que se le hacía y entregó al Capitán el parte diario para que lo pusiera en manos de Monseñor Fagnano. Como ya lo expresamos, una esquela en que le anunciaba que, si después de 40 días no se tenían noticias de la expedición, enviara por ella a ese punto.

El Capitán sintió en esos momentos contrariar las órdenes de Monseñor, pues, a él le constaba que no era posible vadear el río Azopardo en el punto señalado por los expedicionarios. Veremos más adelante como la resolución del Padre Carnino de no aceptar el ofrecimiento del Capitán fue, en realidad, muy acertada. Esto, porque en el lado norte habrían carecido de todo, hasta el alimento para la caballada. En cambio, al sur del Azopardo, se extendía una vega de unas 20 hectáreas cuadradas, con abundantes pastos, para los 45 días de estada forzosa, vital alimento para ellos. Hubo por cierto un error de parte de los Coadjutores Salesianos al afirmar que habían dado con el lugar para efectuar el vadeo a la parte opuesta del río, pero, ese error fue, a todas luces, más que feliz, providencial.

Traslado del Campamento

Mientras el cúter se iba alejando, los expedicionarios desarmaron las carpas y con la prontitud de personas avezadas, cargaron las cabalgaduras con los equipajes, y aprovechando la fresca brisa de aquella mañana del 11 de febrero, fueron remontando las barrancas del río Azopardo, hasta llegar a un

kilómetro y medio de la boca del lago Fagnano. Más o menos a 800 metros del río dieron con un lugar seco. No faltaba leña para la cocina, ni pasto para los animales y por ello pareció que ese lugar era el más indicado para establecer el nuevo campamento.

El río en esas inmediaciones, tenía hasta cien metros de ancho. Antes de armar las carpas, Ferrando preparó el almuerzo: eran cerca de las tres de la tarde.

Después de un breve descanso, mientras el Padre Carnino se ocuparía en el rezo del Oficio Divino y luego en preparar las carpas, los compañeros volvieron a ensillar sus caballos, y a dos kilómetros del camino hecho por la mañana, arribaron a un punto donde el río tendría un ancho de 400 metros. Ese paraje lo habían visitado el día anterior y le había parecido a propósito para intentar el vadeo.

Con esa ilusión regresaron al caer la tarde al campamento donde el Padre Carnino, que también sabía de arte culinaria, los esperaba para brindarles suculentos platos de sopa de arroz.

Día 12 de febrero: frustrada tentativa de vadear el río

A las 7 de la mañana todo estaba listo para la partida. La empresa que debía realizarse, era, si no temeraria, al menos arriesgada. ¡Un río de 400 metros de ancho, y con caballos no acostumbrados al nado, no se cruza tan fácilmente!

Esta vez el campamento debía quedar desierto. El Padre Carnino, no tenía el temor que los cacos, durante su ausencia, hicieran un asalto a la despensa. Así, acompañó a los Coadjutores Salesianos.

Todos iban a pie, menos el joven Ramón Vera que llevaba su caballo, con el que debía tentar el paso del río. Imposible referir la pericia que demostró al internarse (con su cabalgadura), por los vericuetos que debían llevarlo hasta el Azopardo.

Llegados al lugar elegido el día anterior para tentar el vado se pensó en una posible catástrofe y se trató de conjurarla. La fuerza de la corriente habría podido vencer al caballo y al caballero llevándolos a una muerte segura. El temor era más que justificado. El río tenía en ese punto más de 400 metros de ancho y se ignoraba la profundidad de las aguas.

Para evitar el peligro, por sus cabos se unieron las cuerdas con las que se ataban los caballos, que, como dije, median 40 metros de largo cada una. Se formó un enorme lazo de más de 400 metros de largo con el que se ase-

guró a Ramón Vera. Al vadear el río, él debía arrastrar ese cable, y así, si sobrevenía al peligro pese a la corriente, tendría con él una tabla de salvación.

Serían las diez de la mañana cuando (Ramón Vera) espoleó a su cabalgadura para que penetrara en las aguas del río. Bien pronto se pudo observar desde la costa que estaba cruzando un canal que no tenía más de un metro de profundidad. No había, pues, nada que temer.

Recorridos unos cien metros, fue fácil comprobar desde la orilla que Vera adelantaba con mayor dificultad, pues, salido del canal, el lecho del río, sin embargo, era irregular con altos y bajos que pusieron en peligro, en más de una oportunidad, el equilibrio del jinete. Con todo, nadie abrigaba el más mínimo temor, porque todos conocían su pericia y, además, ante cualquier emergencia, se le habría podido ayudar desde la orilla con la cuerda.

Transcurridos unos veinte minutos de lento caminar sobre el lecho desconocido del río Azopardo, Vera se internó en el último canal que se encontraba a 300 metros de la orilla sur y a 150 del área norte. Enseguida, se notó que la profundidad había aumentado.

El Padre Carnino y los demás compañeros con poderosos lentes de larga vista, iban siguiendo los pasos cada vez más lentos de la cabalgadura y los esfuerzos que hacía el jinete. Había momentos en que no veían sino la cabeza y los hombros de aquel y de tanto en tanto la parte superior del caballo.

Fueron para todos instantes de verdadera consternación. El Padre Carnino asegura que no acertó si no a invitar a sus compañeros a que se arrodillaran para pedir al Señor ayuda en aquel trance tan angustiante. Rezaron, dice él en sus memorias, con inusitado fervor. Vera, por su parte, en trance tan apurado, ante el riesgo inminente de perder la vida y arrastrado por la impetuosa corriente, invocó de corazón la ayuda de Dios por intercesión de María Auxiliadora. Hizo el ofrecimiento de su vida al Señor y le encomendó su alma.

Entre tanto, paso tras paso, el jinete veía cada vez más cerca la orilla opuesta. La profundidad disminuía pudiendo salir así de manera exitosa del río. Sin apearse del caballo, observó que no había ante su vista sino inmensos turbales. Con esta comprobación hizo señas a sus compañeros para que fueran recogiendo la cuerda regresando al punto de partida.

Hemos hablado en otro punto de esta relación acerca de las bellas dotes personales de Ramón Vera. Joven entonces de unos veinte años, ágil y listo, dispuesto siempre al trabajo, jamás lo rehuía. Con la debida prudencia, jamás se arredró ante el peligro y no conoció el miedo. Esta vez, con todo, su semblante había cambiado. Estaba abatido. Era la primera vez que, en lucha desigual contra las fuerzas ciegas de la naturaleza, había corrido el riesgo de ser

vencido. Sus primeras palabras al encontrarse de nuevo entre sus compañeros fueron... “María Auxiliadora me ha salvado”.

Gracias a ella, agrego de manera casi emotiva.

Y luego, como alguien le preguntara si creía factible volver a intentar el vado, le respondió que creía que era exponerse a una muerte segura. “Puedo asegurarles que solo por un milagro estoy aquí”, enfatizo.

En el lago Fagnano

Frustrada la tentativa de cruzar el río en este punto, había que probar de hacerlo junto a la boca misma del Lago. Pero, esto requería una inspección ocular del terreno. Ese mismo día, 12 de febrero, todos los expedicionarios, a excepción del Padre Carnino, fueron a ese lugar. Observaron que el Lago Fagnano desemboca en el río Azopardo entre dos acantilados de piedra en una abertura de 15 a 20 metros de ancho.

Mientras Don Valentín, Síkora y Occelli estaban señalando los árboles que debían derribar al día siguiente para construir la balsa con que debían cruzar el lago, Ferrando y Vera, fueron bordeando el lado sur del mismo. Su intento era cerciorarse si existía la posibilidad de llegar a la cabeza noreste (del lago) siguiendo el rumbo indicado. Pero, después de media hora de camino, hubieron de constatar que no era posible, por cuanto se encontraron con un riachuelo fangoso rodeado de turbales que les cerraba el paso por todas partes. Cruzarlo, habría sido de fatales consecuencias. Volvieron sobre sus pasos y llegaron al campamento pocos momentos después que sus compañeros.

13 de Febrero: construcción de la Balsa⁷

La mañana del 13 de febrero amaneció esplendida con sol. Rezada la misa y hechas las demás prácticas de piedad salesianas, todos los expedicionarios, con sus respectivas hachas y azuelas y provistos de cuerdas, se dirigieron al lago. En menos de una hora recorrieron los pocos kilómetros de distancia.

Al día precedente ya habían quedado señalados los árboles que debían proporcionarles las vigas para la construcción de la balsa. En pocos momentos las hachas de don Valentín y Síkora derribaron hasta unos 25 robles

⁷ Embarcacion pequeña, de forma predominantemente plana y cuadrada, hecha con la union estrecha de troncos, empujada por pertigas.

(*fagus maghellanica*) que Ocelli, Ferrando y Vera, iban escuadrando con las respectivas azuelas.

Poco costó a aquellos hombres, siempre tan decididos para el trabajo y para la fatiga, transportar las vigas hasta muy cerca del lago.

Don Valentín, que como dije, era muy práctico en trabajos de construcciones, en pocas horas armó la balsa. Dos vigas transversales extendidas, y sobre otras veinticinco amarradas fuertemente con cuerdas, formaron una embarcación por cierto muy rudimentaria, pero que habría podido descubrirles rumbos desconocidos.

Con todo, ese día el trabajo no dio los resultados esperados.

Don Valentín debía hacer los primeros experimentos, antes de que subieran sus compañeros. Y efectivamente, después de amarrar con un cable la popa de la balsa entregó el cabo a Síkora. Trató de alejarla de la orilla, valiéndose para ello de una pértiga. Logró internarse en el lago unos siete u ocho metros, pero la fuerza del agua en ese punto, muy cerca de la estrecha abertura de que he hablado, era tal que la proa empezó a hundirse. Don Valentín hubo entonces de dar la voz de alarma y pedir a sus compañeros que recogieran el cable.

Otra vez la fuerza de los elementos había desbaratado los planes de aquellos nuevos argonautas.

Sin darse por vencidos, regresaron al campamento, después de haber desarmado la balsa, pensando cada cual en nuevos proyectos para cruzar el río. La tarde de este día fue dedicada a recorrer los lugares inmediatos al campamento para ver si era posible aumentar los víveres con el fruto de la caza o la pesca, pues, iban disminuyendo a ojos vista. El Padre Carnino, haciendo cálculos de buen cubero, iba repitiendo: “amigos, tendremos víveres para cinco días más y eso haciendo economía”. Ni la caza ni la pesca, sin embargo, dieron resultado esa tarde.

14 de febrero: Domingo

Fue un día dedicado al recogimiento; al descanso y... también a los más variados proyectos. Por la mañana, el Padre Carnino, rezó la santa Misa en la que comulgaron todos los expedicionarios. No faltó la explicación del Evangelio. Era el domingo de sexagésima. La Iglesia recuerda en la epístola de ese día todas las privaciones a las que tuvo que atenerse San Pablo para salir airoso en la predicación de la palabra divina.

“Peligros en viajes penosos, peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros en la mar, en trabajo, fatigas, muchas vigili-
as, en hambre y

sed, etc.”. Esta enumeración dio margen al predicador para recordar a los Hermanos que debían estar preparados para cualquier evento; luego les recordó las expresiones de la santa Regla en que se cita como una señal de perfección religiosa y salesiana el estar resignados y con igualdad de ánimo cuando faltare aun lo necesario para la subsistencia.

Terminada la misa y demás prácticas de piedad dominicales, se creyó conveniente anticipar la hora del almuerzo, pues, se había concertado para la tarde una excursión a un monte muy alto que se veía al sur del campamento y que hoy se llama Norderschold, para perpetuar la memoria del célebre explorador del polo sur.

A las 13 horas, todos estaban preparados para la partida. El Padre Carnino debía también esta vez quedarse solo en el campamento como cuidador.

El instinto de conservación iba despertando el espíritu de previsión en los exploradores, pues, en esta circunstancia, amén de estar todos pertrechados de armas para la caza, iban acompañados por la que, si no podemos llamar jauría, denominaremos yunta de perros. La advertencia del buen Padre Carnino fue: “miren mis buenos amigos que las alforjas se van achicando”, una frase decidora, sin duda.

Después de tres horas de peligrosa ascensión, los exploradores sin poder escalar la cima formada de rocas cortadas a cercén, se dedicaron a observar los diversos panoramas que se extendían ante sus ojos. Con el auxilio de los anteojos de larga vista constataron que al norte del Lago Fagnano había cordones de montañas que iban de oeste a este y que al sur, existían montes muy altos cubiertos de nieve y de glaciares. El lago, según la apreciación de los excursionistas, llevaba una dirección suroeste a noreste. Respecto a la posibilidad de poder transponer esas montañas, aun en el caso de lograr atravesar el río, opinaban todos que no era empresa muy fácil por tratarse de montes altos, muy escarpados y sin señas de ningún sendero, ni siquiera de guanacos.

Sin ninguna peripecia digna de mencionarse, los exploradores llegaron al campamento al caer de la tarde muy cansados. El Padre Carnino les tenía preparada la cena, a la que, como de costumbre, siguió el rezo de las oraciones y el tiempo de reposo que fue por cierto bien aprovechado.

Lunes 15 de febrero: nuevo traslado del campamento

Ante la imposibilidad de poder cruzar el río, ni en la boca del lago ni más abajo, el campamento quedaría ahora fuera de lugar. La primera providencia del día 15 de febrero fue trasladarse al sitio que habían fijado el primer

día. Así se hizo. Se volvieron a desarmar las carpas, se liaron los equipajes y ajustando los cinco caballos más robustos, se empezó a bajar, siguiendo por las barrancas del río en huellas aun perfectamente diseñadas de los días anteriores. El Padre Carnino, refiriéndose a esta bajada, quedó impresionado por la prisa que tenía la caballada en volver a la playa y al relatar el episodio, lo hizo en estos términos: “era notable el esfuerzo y los bríos de los caballares, en cuanto los soltamos hacia la playa. Por más que a veces se hundían en el sendero, se reponían y luego echaban a correr con tal velocidad que parecía que huyeran de una tormenta o de un incendio. ¿Qué fuerza los impelía?; ¿creerían tal vez que se iba a emprender el regreso a la Isla Dawson? Lo ignoro señala, pero no puedo dejar de manifestar toda la extrañeza que me causó este fenómeno.

Martes 16 de febrero: construcción de una canoa

Ante la imposibilidad de vadear el río en su inicio y a lo largo de su curso, había que hacer una última tentativa: cruzarlo cerca de la desembocadura, a pesar de la impetuosidad de la corriente. Habría sido una temeridad el pretender hacerlo a pie o a caballo. Quedaba un último recurso. La construcción de una canoa. Don Valentín eligió el árbol: un coligüe de más de un metro de diámetro y veinte de altura. Luego, entre todos, en el término de tres días, dieron cima al trabajo. Esta canoa se conserva todavía hoy en el Instituto “San Juan Bosco” en la quinta contigua al patio llamado de los aspirantes. Mide 90 centímetros de ancho por 5 metros de largo. Es de una sola pieza, no habiéndose empleado en su construcción más instrumentos que un hacha y la azuela.

Viernes 19 de febrero: bendición de la canoa

El jueves 18 de febrero la canoa fue terminada. Había que conducirla desde el bosque hasta el río. Fue una tarea que no ofreció mayores dificultades, pues, el paso de la misma no era tanto como para vencer la fuerza de los brazos de los exploradores, hechos al rudo trabajo en la Isla Dawson. Una vez que estuvo la canoa a orillas del río, el Padre Carnino cumplió el rito de su bendición. Recordó ante los presentes, además, que estando en el mes de San José y en día 19, había un motivo más para esperar que la pequeña barca pudiera trasladar a todos a la otra orilla del río.

Escasean los víveres

Pero, un problema de más importancia que el cruce del río preocupaba al Jefe de la expedición y a sus compañeros. La despensa, que como ya dije anteriormente estaba abastecida para un viaje de solo ocho días, había merchado notablemente. Ya no había más carne y solo quedaba café, pan y arroz para dos días más.

Era necesario, para evitar un tardío arrepentimiento, arbitrar a tiempo los medios que debían evitar las fatales consecuencias del hambre. La caza había sido nula hasta esos momentos, y otro tanto puede decirse de la pesca. Pensar que podía arribar alguna embarcación en esos días, era pensar en un imposible. Por otra parte, la esquila que el Padre Carnino había enviado a Monseñor Fagnano, le decía que solo después de pasados los cuarenta días enviara al lugar donde se había asentado el campamento una embarcación para conducirlos a la isla, siempre que ellos no hubiesen llegado antes al Río Grande.

Si al día siguiente el cielo los hubiese favorecido con el cruce feliz del río, quedaba por explorar el camino y ver si era posible transponer los cordones de montañas que se levantaban en la parte norte del Azopardo. En el mejor de los casos, había que hacer todavía ocho días íntegros para llegar a Río Grande.

Estos eran los pensamientos que en la tarde del 19 de febrero agitaban penosamente los ánimos de todos los expedicionarios. ¿Qué haremos, preguntaba el Jefe a sus compañeros, cuándo ya no nos quede ni un solo mendrugo con que acallar el hambre? Echaremos a suerte, contestó Ferrando, para ver a quién de nosotros le tocará hacer el sacrificio de su vida para...

Todos rieron ante el chiste de Ferrando y Vera, como dueño de la tropilla, dijo: no somos antropófagos, y además no habrá necesidad de apelar a ese recurso, porque podemos comer abundantemente carne de caballo. Tenemos para tres o cuatro meses.

También la carne de caballo es un bien de Dios, prosiguió el Padre Carnino, y tenemos que agradecerlo. Como veis, ya no nos queda nada en la despensa y el Señor nos exige ahora este sacrificio que todos tenemos que hacer gustosos, ofreciéndoselo en pago de nuestras faltas.

Todos aceptaron la propuesta de Vera, confirmada por el Padre Carnino, y desde el día siguiente la carne de caballo debía ser el plato ordinario en todas las comidas.

Como cocinan Ferrando la carne de caballo

Vera fue entonces a escoger entre la tropilla la primera víctima. La elección cayó sobre un equino que empezaba a cojear, tal vez por algún mal paso dado al descender precipitadamente de las barrancas del río el día del traslado del campamento. Entre tanto, Ferrando se preparaba para que el nuevo manjar fuera lo menos desagradable posible al paladar de sus compañeros. Había descubierto en las inmediaciones del campamento muchas matas de apio silvestre, como así mismo plantas de ajíes muy picantes, y con estas especies podría suavizarse el sabor, de por sí poco agradable por lo excesivamente agridulce de la carne. Pero faltaba un elemento indispensable para adobar el más común de los platos: la sal. Es cierto que a pocos pasos estaban las aguas del seno del Almirantazgo, pero debido a la gran cantidad de agua dulce que volcaba en ella por su inmensa boca el río Azopardo, el agua de mar era dulce. Para hacer provisión de agua salada había que hacer entonces tres kilómetros al menos hacia el sur del seno. Y Ramón Vera, siempre servicial, después de haber desollado el caballo, fue por el líquido elemento, sirviéndole como depósito una caramañola que providencialmente el Padre Carnino había colocado entre los útiles y enseres del equipaje.

Es interesante el procedimiento de que se valía Ferrando para cocinar la carne de caballo. Ponía agua de mar en el fondo de la olla, hasta una altura de cinco centímetros; agregaba unos travesaños hechos con ramas de calafate y las cubría con hojas de apio silvestre. Luego, a fuego lento, iba cocinándose (la carne) con el vapor del agua, bien ahumado por cierto con el sabor del apio.

Sábado 20 de febrero: por primera vez se logra cruzar el río

Este día tiene su importancia en la crónica de la expedición, porque, al realizar la empresa de vadear el río, los exploradores llegaron a la dolorosa comprobación de que no les sería posible llevar a cabo el viaje que Monseñor les había propuesto como finalidad principal, ni descubrir los fértiles valles de cuya posible existencia les había hablado.

Muy de mañana, como de costumbre, los salesianos cumplieron sus prácticas de piedad. Luego tomaron el desayuno. Era la última vez que lo hacían con café y pan. Antes de que se dirigieran a la orilla del río, donde estaba la canoa, todavía en seco, Ferrando entregó a cada uno de sus compañeros la primera ración de carne de caballo que debía ser el único plato en el almuerzo de aquel día.

Antes de hablar del cruce (del río), quiero recordar que éste desemboca en el mar por una abertura de veinticinco metros de ancho, entre dos enormes macizos de piedra. A medida que el río se va alejando de la playa hacia su nacimiento el ancho aumenta hasta llegar a quinientos metros, para quedar de nuevo reducido a 25 en la boca del lago.

En el punto para el primer vadeo en canoa, el ancho según el recuerdo que todavía hoy conserva el Padre Carnino, no podía pasar los cincuenta metros.

La empresa fue sumamente fácil, no solo por la pericia de Don Valentín y Síkora, sino que también porque no faltaban buenos remos. Uno de ellos lo había construido don Valentín y otros habían sido recogidos en la playa por Ramón Vera en una de sus excursiones.

Excursión al monte Hope

El Rubicón había sido pasado. Pero, faltaba aun llenar la finalidad de esa empresa que había costado tantos sudores. Era, pues, ineludible la ascensión al Monte Hope⁸. Debía servir su cumbre como de observatorio para verificar si existían o no los valles con que soñaba Monseñor Fagnano para establecer la nueva Misión. Desde aquellas alturas se podría, además, descubrir los senderos que pondrían en comunicación el seno del Almirantazgo con Río Grande.

Se empezó a subir por un camino escarpado y cada paso mostraba dificultades casi insuperables. Después de tres horas y media de penosa marcha, llegaron a una pequeña explanada que daba sobre un barranco cortado casi perpendicularmente al noreste del monte. Asomándose desde allí por un boquete se dieron cuenta los exploradores que había sido obra de romanos llegar a aquella cima a pie; era poco menos que imposible el descenso por el lado noreste, pese al valor y arrojo que rayaba la temeridad de todos los que componían la caravana.

Desde aquellas alturas, dos fueron las incógnitas que quedaron completamente despejadas a los ojos de todos. En primer término, que no era factible, bajo ningún concepto, cruzar el monte Hope con cabalgaduras y equipajes y esto por los motivos que acaban de exponerse. Efectivamente, si apenas se logró escalar la cumbre de a pie, mayores dificultades se habrían presentado al intentar hacerlo a caballo. Nada digamos del descenso al lado noreste. En segundo término, después de observar con los lentes de larga visión los terrenos que se extendían ante los ojos de los exploradores, estos hubieron de persuadirse que estaban cubiertos de inmensos turbales, salpi-

⁸ Monte Hope de la Patagonia Occidental tiene una altitud de 700 metros.

cados de lagunas de aguas amarillentas. Con esto quedaba demostrada la imposibilidad de hallar una ruta a Río Grande y de encontrar lugares aptos para establecer la anhelada Misión de los Onas.

Con el ánimo amargado ante tan bellas ilusiones deshechas, los exploradores a la sombra de una roca y en silencio abrieron las pequeñas alforjas. Era el primer almuerzo con carne de caballo. Tal vez porque en esta oportunidad pudieron probar de tanto en tanto algunos tragos de vino... del último que quedaba en las caramañolas. Les llegó a parecer hasta agradable aquel plato...

Terminado el frugal almuerzo, la expedición emprendió el camino de regreso al campamento. Aunque no faltaron las caídas y los rasguños, con todo, gracias a Dios, ninguno de los exploradores recibió heridas de consideración que pudieran inspirar cuidado y que no lograra curarse con los remedios del modesto botiquín que, como medida precautoria, Monseñor Fagnano había puesto entre los equipajes.

Está de más decir que después de un día de tantas fatigas e impresiones, los expedicionarios al recogerse en sus tiendas, conciliaron prontamente el sueño reparador que tanto necesitaban.

Domingo, 21 de febrero: última misa en el campamento

Desde la llegada al seno del Almirantazgo, por más que la vida se hiciera cada vez más azarosa con la escasez de víveres y por las peripecias que acabo de reseñar, con todo, los expedicionarios experimentaban, todas las mañanas, el más grande de los consuelos: podían oír misa y recibir toda la santa comunión. Como las vituallas fueron mermando en la despensa y en las alforjas, en la misma forma fue ocurriendo también con el vino de misa y las hostias. Llegó entre tanto el domingo de quincuagésima, 21 de febrero. El Rdo. Padre Carnino, antes de celebrar, creyó oportuno recordar a los buenos Hermanos los principales sentimientos que debía inspirarles la liturgia de aquella dominica, evocadora del sacrificio de Abraham, y les leyó en latín el introito: “Esto mihi in Deum protectorem et in locum refugii ut salvum me facias quoniam firmamentum et refugium meus es tu; et propter nomen tuum dux mihi eris et enutries me”.

A raudales descendían los consuelos en el alma de todos al traducirles el Padre Carnino y al comentar brevemente las expresiones del introito de la Misa. Luego les anunció que era la última hostia la que se ofrecía en aquellas latitudes y que sería por lo mismo la comunión que harían en aquella mañana si no la última de la vida, al menos lo sería en el tiempo de permanencia en

aquellos parajes. Los exhortos así a hacerla con la mayor devoción. No pudo el bondadoso Padre contener las lágrimas al leerles la secreta de aquel día, que dice: “Haec hostia, Domine, quaesumis, emundet nostra delitia, et ad sacrificium celebrandum, subditorum tibi corpora mentes que sanctificet”. Y les tradujo al castellano lo que acababa de leer en latín: “Rogámoste, Señor, que esta hostia limpie nuestros pecados; santifique los cuerpos y las almas de tus siervos para celebrar debidamente el sacrificio”. Si, agregó el Padre Carnino el sacrificio... el último (sacrificio).

La tarde del domingo transcurrió en excursiones en las inmediaciones del campamento, no para matar el tiempo, como comúnmente se dice, sino para resolver el problema de la caza y la pesca.

La carne de caballo era plato indigesto para más de uno de la expedición. Al principio fue posible comerla sin la grasa, pero a los pocos días de aireada, se puso tan seca, que fue necesario humedecerla con las adiposidades de las que se había despojado.

Desde el 21 de febrero hasta el 26 de marzo

No ha escrito el Rdo. Padre Carnino, ni ninguno de sus compañeros el diario de viaje. Solo recuerdan que todos vivían sin mayor preocupación por lo que pudiera sucederles ya que se habían entregado por completo en las manos de Dios. Con todo, no escatimaron ningún esfuerzo para hallar alguna solución al hecho tan angustioso que se les había creado.

En esta relación iré consignando los principales proyectos que cruzaron por la mente de los relegados en el seno del Almirantazgo y las tentativas que hicieron para mejorar su suerte entre el lunes 22 de febrero y el día 26 de marzo en que arribó “El Orestes”, para recogerlos. Comenzaré por relatar entonces el hecho culminante que les tocó vivir entre este periodo de tiempo cuando se dispuso la excursión hasta Lapataya, con miras de llegar a Ushuaia.

Lapataya: meta de excursión

Lapataya es una bahía situada a corta distancia de Ushuaia. Se encontraba en pleno apogeo al establecerse ahí un aserradero donde trabajaban numerosos obreros. Era lógico suponer que los exploradores encontrarían algún barco que los pudiera conducir a Ushuaia, si no a Magallanes, Rio Grande, o Rio Gallegos.

El proyecto era arriesgado, pero, había que agotar todos los medios humanos para salir de una situación que comprometía seis vidas.

Abastecidos de suficiente carne de caballo como para pasar tres días, armados con los máuseres y bien pertrechados de municiones, provistos de cuerdas, brújulas, lentes de larga vista y de hachas, salieron una mañana muy temprano nuestros héroes a tentar fortuna.

Después de bordear por un buen trecho el río Azopardo, se internaron en un valle con dirección al sur, llegando a una planicie, que, según sus cálculos, se encontrarían a una distancia de 15 kilómetros al noreste del campamento. Por primera vez tuvieron la grata sorpresa de hallarse frente a un piño de guanacos. Ocelli y Síkora descargaron sus carabinas y por cierto dieron en el blanco, ya que, por más que los guanacos huyeran, se vieron luego regueros de sangre a lo largo del área. Esto prueba que el guanaco es un animal resistente. Para darle muerte, hay que herirlo en la cabeza o en el corazón. Después de aquello, generalmente emprenden la fuga para ir a morir a muchos kilómetros de distancia.

Los excursionistas siguieron camino y después de mucho andar, lograron escalar a la cima del monte. El espectáculo que se presentaba ante sus ojos, era, sin duda, grandioso; obsesionante. Hacia el sudeste se veían montañas cuyos altos picachos estaban cubiertos de nieve.

Más abajo se divisaban, cual, si fueran interminables fajas blanquiazules, los glaciares que habrían debido atravesar, si querían llegar a Lapataya.

¿Era conveniente proseguir la marcha, o volver al campamento? era la pregunta que tenían a flor de labios.

¿Qué hacemos, preguntó el Padre Carnino?

“Atenemos a lo más seguro, respondió Ferrando. Y eso es volver atrás. Soy del mismo parecer, agregó el Padre Carnino. Si continuamos y por más que tengamos la brújula, podemos extraviarnos. En cambio, en el campamento no nos faltará nuestro plato diario y Dios nos ha de dar fuerzas hasta que Monseñor nos mande a buscar, lo que será de aquí a un mes.

Todos estuvieron de acuerdo con los razonamientos del Rdo. Padre Carnino y luego de caminar cuatro leguas ese día, regresaron al campamento.

Ramón Vera expone su vida en dar caza a dos guanacos

Ya he hablado con pelos y señales de las habilidades de este joven chileno. Era por cierto el más ágil de la expedición, Como viera que la carne del equino no asentaba al estómago de más de uno de sus compañeros de viaje,

quiso a toda costa proporcionarles un plato más delicado. ¿Por qué no cazar uno o dos guanacos de los muchos que, sin duda, debían merodear por los valles y en las planicies? No era para él, hábil cazador, de buena vista y puntería muy certera algo imposible. Se dispuso, pues, a realizar el intento.

A fines de febrero abandonó muy de mañana el campamento, provisto de su carabina y una buena dotación de proyectiles. Escaló un monte muy elevado y desde su cumbre observó una manada de guanacos moviéndose tranquilamente. Debía colocarse a tiro, esto es, al menos a 500 metros y el blanco debía ser la cabeza o el corazón.

Se fue acercando a un punto donde no le era posible adelantar porque una roca cortada perpendicularmente le cerraba el paso. Su deseo, empero, de tener en sus manos la presa tan codiciada, desde la roca, donde se encontraba dio un salto de unos seis metros cayendo a una explanada. Hecho esto, creyó estar a tiro y apuntando apretó dos veces el gatillo. Dos guanacos quedaron tendidos sobre el verde de la pradera. Al pretender, sin embargo, ir hacia ellos, se dio cuenta que estaba aprisionado por todas partes. Todos los pasos se hallaban irremisiblemente cerrados para él.

Sobre la explanada, veía la roca desde donde él se había deslizado; abajo un precipicio. Por cualquier lado que él hubiera intentado bajar, se habría estrellado contra los acantilados. Humanamente hablando, estaba perdido, condenado a muerte lenta y segura en aquel lugar de desamparo. Pero es en los peligros cuando el hombre siente, como instintivamente, la necesidad de invocar el nombre de Dios, pidiendo su ayuda. Será siempre el reflejo de la verdad el refrán que dice: “Si quieres aprender a orar, vete al mar”.

Y el peligro de morir en las abruptas soledades de aquellas alturas arrancó del pecho una plegaria que pronunció de manera muy sentida. Apretó en sus manos el crucifijo y la medalla de María Auxiliadora que llevaba siempre consigo, y después de besar repetidas veces la tierra exclamó: “¡Jesús mío!, ¡María Auxiliadora!, vuestro pobre hijo Ramón está al borde de la tumba. Ayudadme. Haced que mis ojos vean el lugar por donde puedo salir de esta verdadera prisión”. Se asomó así a aquel inmenso balcón que se abría ante sus ojos y luego, como si la oración hubiera fortalecido su ánimo, se dijo a sí mismo: “muerto por muerto; me arrojaré por el lado izquierdo. Si me salvo, sean dadas infinitas gracias a Dios. Si muero, ofrezco al Señor mi muerte en expiación de mis pecados”.

Colocó el arma al hombro, y sin más, emprendió el descenso. En una primera impresión (son palabras textuales de Ramón Vera al Padre Carnino) le pareció que una mano poderosa lo sostenía para que no perdiese el pie en cada paso.

Cuando se vio a salvo, cayó de rodillas y con los brazos en cruz permaneció largo rato en oración, dando gracias a Dios y besando repetidas veces la tierra exclamó... “Señor, os debo la vida”.

Luego, viendo a los guanacos tendidos a corta distancia, se acercó a ellos para sacarle las entrañas, resguardándolas entre el ramaje para que no fuera pasto de las aves de rapiña.

Al regresar al campamento, ya muy entrada la noche, hizo la relación detallada de las peripecias de la jornada cerrando su exposición con estas palabras: “estáis viendo y hablando con un resucitado. La muerte se me cruzó en el camino. Solo la misericordia de Dios y su poder pudieron salvarme”.

Al día siguiente de este episodio hubo más alegría en el campamento. Muy de mañana, la caravana se encaminó hacia el lugar donde estaban los guanacos y después de dividirlos en partes iguales, fueron conducidos a orillas del río Azopardo. Por quince días la carne de caballo sería sustituida por una más pasable, la de guanaco.

Una lección de la Providencia

Muchas veces el Padre Carnino dijo que jamás había visto más de cerca la mano de Dios para protegerlo que en los 45 días pasados en el seno del Almirantazgo. Pero, agregaba, el haber sido testigo ocular de las lecciones que recibieron de EL aquellos que desconfiaban un tanto de su bondad.

Refiere que, en una oportunidad, Ferrando y Síkora, después de las excursiones, volvían por la playa hacia el campamento. Era el momento en que se producía el fenómeno del crecimiento de la marea. Las olas se rompían fuertemente contra las piedras. Ferrando, que observaba el fenómeno tantas veces visto, exclamó: “este mar ruge, pero no ha sido capaz, hasta ahora, de darnos un solo pez. ¿Para que los guardará en su seno? ¿Acaso para cuando nos hayamos muerto de hambre”?

Mientras el buen dispensero se quejaba en esos términos, he ahí que un pez de regular tamaño, impelido por la fuerza de las olas, cayó a los pies de Ferrando. Síkora, aprovechó la oportunidad para dar una lección al Hermano que parecía desconfiar tanto de la Providencia de Dios.

Luego, tomando el pez lo llevaron al campamento y grande fue la alegría que el suceso produjo entre todos los de la caravana. Ferrando se esforzó en preparar un plato exquisito y esa noche nadie sintió esas nauseas inevitables que producía el plato de todos los días.

Pesca frustrada

Al día siguiente del hallazgo providencial del pez en la playa, todos los de la caravana se sintieron animados en ir en busca de más pesca. Se acercaron a la playa en los momentos de la baja marea y notaron que en una pequeña laguna habían quedado aprisionados alrededor de unos cincuenta peces.

En los primeros momentos creyeron que sería una pesca milagrosa. Qui-sieron apoderarse de todos ellos, pero, por uno de esos fenómenos que uno no acierta a explicar, a pesar de tenerlos casi en la mano, entre seis personas no pudieron apoderarse ni siquiera de uno. Para desquitarse de esta contrariedad, los exploradores hicieron esa mañana una enorme provisión de frutas silvestres, calafate, chauras, frutillas y motillas.

Se deja sentir los efectos de la falta de víveres

Por más que todos los que acompañaban al Padre Carnino en el seno del Almirantazgo fueran hombres sanos y de constitución robusta desde muy pequeños, el nuevo régimen de vida, la alimentación escasa y las dificultades influían sobre su salud.

Los que más sintieron los efectos del hambre, fueron Don Valentín, Síkora y Ocelli. Algo se repusieron después que Vera dio caza a los dos guanacos, pero, aun entonces todos sentían la falta de pan... y, por qué no decirlo como piamonteses de buena cepa, se les hacía muy difícil prescindir del vino, pero, como todos, menos Ramón Vera, eran religiosos encontraban diariamente nuevos recursos sobrenaturales en sus oraciones, en las meditaciones, en las pláticas y consejos que tan abundantemente fluían de los labios del Padre Carnino. Esto, para poder sobrellevar con paciencia y resignación, y atesorando muchos méritos, las penalidades y padecimientos a que forzosamente se veían sujetos.

Excursión a las islas del seno del almirantazgo

La vida de los exploradores bloqueados en aquellos lugares tan aislados, debía ser penosamente monótona. De aquí la insistencia del buen Padre Carnino en organizar excursiones por tierra... y ya que disponían de una canoa, también por mar. Frente al campamento había unas islas, o más que

islas unas rocas de muy escasa vegetación. Se convino en que era conveniente su reconocimiento. Quizás pudieran encontrar en ellas mejillones y ostras que les habrían venido tan bien para cambiar el régimen alimenticio.

Dedicaron toda una tarde en recorrerlas, distinguiéndose todos como excelentes remadores. Desgraciadamente, también esta vez debía ser muy escasa la pesca. Solo hallaron algunos choros que recogieron, más bien como objetos raros, y como tales los llevaron al campamento.

Un barco que se acerca

Hemos dicho ya en otro lugar que Ramón Vera, a sus muchas y buenas condiciones, una de ellas era la de tener una vista muy aguda. Siempre era el que daba la voz de alerta o de atención cuando en las excursiones o viajes de reconocimiento, había algún peligro o también para observar algún objeto.

En la tarde del 26 de marzo, salió como de costumbre, a recorrer los cerros en busca de guanacos y también para observar el mar con sus anteojos de larga vista. Un presentimiento le decía que algo debía descubrir aquella tarde. Y efectivamente; serían las dos cuando le pareció distinguir sobre las aguas del mar, lejos, muy lejos, algo que se movía... ya no le cupo ninguna duda. Para Vera aquel punto perdido en la inmensidad del seno no podía ser más que un barco que se acercaba al fondo de la inmensa bahía. Sin detenerse un momento más, corrió precipitadamente hacia el campamento gritando a pulmón lleno: “Albricias, albricias... un barco se acerca... un barco se acerca”, reiteró.

Ninguno de los expedicionarios necesitó escalar los cerros para comprobar la realidad de lo que afirmaba. Era demasiado conocido el alcance maravilloso de su vista para que pudiera engañarse. Por otra parte, debe recordarse la esquila que el Padre Carnino había enviado a Monseñor Fagnano el 11 de febrero, al regresar el *Juanito*: “Vénganos a buscar pasados los 40 días”. Habían ya pasado 45. No podía haber la menor duda. Un barco se acercaba. Y así era efectivamente.

Enseguida, el Padre Carnino dispuso que se desarmen las carpas y que se lleen los equipajes. Ramón Vera y Occelli se dedicaron a reunir los caballos dispersos. De diecisiete que eran al comienzo, habían quedado reducidos a quince. Los dos que faltaban... ya se sabe qué fin tuvieron.

Luego, como si nadie sintiera el cansancio o la debilidad, fueron conduciendo los bultos a la playa pudiendo observar al mismo tiempo que el buque se iba acercando y que era de regulares dimensiones.

Indescriptible la alegría que dominaba los ánimos de todos al poder distinguir con los lentes de larga vista tres sotanas en la cubierta del “ORESTES”, de la Compañía de Braun y Blanchard.

Empezaron a agitarse entonces los pañuelos por ambas partes y entre tanto el buque echaba anclas a unos 600 metros de la playa.

Se vio descender a los pocos minutos a varias personas para ocupar la chata del barco. Entre ellas venían tres que vestían sotana... ¿Quiénes serán?... ¿Quiénes serán?... se preguntaron ...por cierto estaba allí Monseñor Fagnano, pero, ¿y los otros dos?

La incógnita había de quedar despejada después de pocos minutos, cuando al poner pie en tierra Monseñor Fagnano decía a sus buenos y abnegados hijos: “este sacerdote es el Padre Ricaldone, Visitador Extraordinario y el otro es el Padre Candela, su Secretario.

Es difícil describir los momentos que siguieron a este encuentro. Mi pluma no acierta a dibujar el cuadro de aquella tarde en la playa abandonada del seno del Almirantazgo. Abrazos, lágrimas, sentimientos de los corazones, en un himno de acción de gracias a Dios y a la bondad de los Superiores.

El Rmo. Don Ricaldone, que traía su máquina fotográfica, habría deseado sacar el grupo de las carpas en el campamento... pero, ya se habían desarmado. Hubo entonces de contentarse con enfocar el área donde habían permanecido sus buenos Hermanos durante más de cuarenta días. Además, algunos más de los mismos, a caballo, o de a pie.

El Padre Carnino terminó la relación de este episodio de su vida con estas palabras: “es mejor imaginar que describir nuestra felicidad al vernos por fin libres de una situación, cuya gravedad disimulábamos, pero que nos tenía angustiados”.

Observaba también el Padre Carnino que él no admitía como imposible la travesía desde el seno del Almirantazgo a Rio Grande. Según su criterio se habría debido proceder en esta forma: fijar la salida para la segunda quincena de diciembre. Después de determinar el personal de la expedición, había que proveerles de buenos impermeables, calzados de alpinistas, vestidos fuertes y livianos. Cada uno debía llevar sus raciones de chocolate, charqui y harina tostada, lo suficiente para 8 o 10 días. Además, eran necesarios al menos dos máuseres con buena brújula. El desembarque debería efectuarse al norte del río. Así, habría sido fácil escalar la cordillera al noreste y descubrir la ruta hasta Rio Grande.



Misión San Rafael

Fotografía captada en 1909 en isla Dawson , Chile .

**1 fila de pie: coadjutores Bartolomé Bergia ,Juan Osvini, Valentín Slaboz,
Francisco Forcina, Juan Sikora, Antonio Tarable, Juan Ferrando, Pedro
Rossi(joven), Pedro Rossi (adulto).**

**2 fila sentados: Presbíteros Antonio Candela, Pedro Ricaldone(IX sucesor de
don Bosco) , Mons. José Fagnano V, Luis Carnino , Santiago Spreafico.**

**La fotografía fa parte del patrimonio fotografico
del museo salesiano Maggiorino Borgatello di Punta Arenas - Chile.**